

COLECTIVERO

NO. 5 // ENE-FEB 2025

PLANETA MISTERIO

Copyright © 2024 por COLECTIVERO

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

ÍNDICE

1. LA PIEL DEL AGUA	1
Rafael Tiburcio García	
2. PLANETA CLIPPERTON	29
José Luis Ramírez Gutiérrez	
3. DOS JARRONES CAEN	37
Beth Goder	
4. PROCEDIMIENTO PARA NO MORIR DORMIDO	43
Inti Hernández	
5. ABRIR LAS JAULAS	51
Esteban Govea	
6. PUERTAS AL PARAÍSO	76
Arlett Rodríguez Rodríguez	
7. IMPOSTORES	87
Irene Liberty	
8. SURCOS	93
Eugenio Barragán	
ARTE DE LA PORTADA	99

— • —

LA PIEL DEL AGUA

RAFAEL TIBURCIO GARCÍA

*Muy prontamente reunámonos y estrechémonos
y en el centro de nuestro corazón ocultemos
todo lo que nuestro corazón ama
que sabemos es gran tesoro.*

Último decreto atribuido a Cuauhtémoc

Los constructores de la orden que levantó la última hacienda de Pedro Romero a mediados del siglo XVIII nunca imaginaron que los gruesos muros de mampostería del casco serían usados como puentes, sobresaliendo apenas por encima del agua turbia del lago, para llevar a los turistas alrededor de la hacienda hacia las habitaciones. Y quizá se habrían sorprendido aún más al ver a los mismos vacacionistas gustosos de dar esos enormes rodeos a los pasillos ocupados por una manada de gansos que siempre les impedían cruzar el lago para ir de un lado al otro del hotel.

Las lluvias de temporada en la cuenca y el sistema de bombeo instalado en los años cuarenta habían bastado para mantener el nivel del lago por décadas. Sin embargo, desde las últimas dos, el agua se ha evaporado a un ritmo más acelerado. A diferencia de

las otras construcciones en las que se practicó el método de patios para la minería en la Nueva España, inundadas uno o dos siglos después de su construcción, la segunda hacienda de San Antonio fue sumergida por orden directa del conde luego de que finalizara la huelga de mineros de 1766, según las leyendas locales.

El Archivo del Palacio Municipal de Tanatepec contaba con las actas y edictos que consignaban los hechos relevantes para la historia que solía narrar a los turistas en el tour, pero yo no estaba dispuesta a viajar hasta la cabecera municipal y perder uno o varios días para confirmarlo. Finalmente, cada día no trabajado, cada grupo de turistas no atendido, era una propina perdida. No podía atrasarme con el envío para mamá.

Y si se trata de dinero (siempre se trata de dinero) los gansos eran el mayor problema que la administración de Francisco debía resolver para volver a cobrar en forma. Es bien conocida la conducta pandillera de estas aves y la administración del hotel solía dejarlas campar a sus anchas por los puentes y calzadas del lago. De esta manera cumplían con esa demanda, común entre los turistas güeros, de ver las ruinas integradas al entorno natural: una especie de triunfo retorcido de la naturaleza. O de un paisaje distópico e idílico del mundo por venir una vez que los humanos hubieran desaparecido. Mamá decía que le habría gustado verme guiar el tour alguna vez, si hubiera tenido mejor salud.

En el último año el clima había sido más cálido y el agua bajó lo suficiente para revelar parte de la entrada a la ermita sumergida al centro del lago. Los gansos no migraron el año anterior y menos éste; su estrés aumentó, los volvió celosos del

territorio y provocaron algunos incidentes con los trabajadores. Unos días antes, la esposa del jardinero fue atacada mientras retiraba el exceso de lirios acuáticos e hidrillas del atrio.

De haber sido el jardinero, quizá esta historia tendría otro final: Felipe, temperamental como era, se habría defendido de las aves. Pero fue a su esposa Inés a quien atacaron. Estando agachada, sintió los picotazos en las costillas que la hicieron perder el equilibrio, caer al agua y recibir ataques en el rostro mientras luchaba por no ahogarse.

Yo sólo había visto los picos y lenguas serradas de las criaturas en internet cuando empecé a trabajar en el hotel y ya entonces me provocaban escalofríos, como si fueran una especie llegada de otro mundo. Pero Inés parecía no tener idea de ello porque, cuando por fin pudo salir del atrio anegado, reconoció al que la empujó al desplegar las alas cuando éste y otros trataban de alejarla del lago, mas no pudo ver al que la atacó y le dejó la carne de la mitad del rostro expuesta y palpitante.

A finales de 1762 los exploradores hallaron en el valle, muy cerca de un embalse, el inicio de una veta que prometía un yacimiento de oro y plata mayor a La Vizcaína. El conde trajo primero a los constructores, quienes empezaron la obra mientras él ponía en orden los contratos de los barreteros. Estaba previsto que la explotación del yacimiento comenzara un par de meses después del levantamiento del casco a su alrededor, cuando todos los papeles estuvieran en regla y el virrey Joaquín de Montserrat autorizara la extracción, lo cual ocurrió hasta mediados de 1763.

La negligencia de Francisco no quedó sin consecuencias. Los

ataques previos a otros trabajadores no habían llegado a ese grado. Inés era una de las personas más queridas del pueblo: lectora recurrente los domingos de misa, organizaba las colectas de la iglesia y fue mayordoma de la Virgen de la Candelaria el año anterior. De haber sido Felipe, insisto, el ataque no habría pasado de la anécdota, pero fue a Inés a quien le desfiguraron la cara. Y ni ella ni su marido tenían contrato.

Al día siguiente una parte de los habitantes del pueblo se apostó a la entrada de la hacienda, con machetes y horquillas en mano, exigiendo que los dejaran entrar a matar a los gansos.

Sin saber qué más hacer, Francisco les mentó una norma de especies protegidas que me encargó buscar desde el momento en que llegaron, esperando que desistieran; pero ellos siguieron empeñados en acabar con la amenaza y que el hotel pagara los gastos médicos. Y para nuestra desgracia, la mitad de los turistas abandonaron el hotel, conscientes del peligro que las aves representaban, o simplemente fastidiados de que sus vacaciones hubieran tomado un giro tan político. La otra mitad, los teletrabajadores y jubilados güeros que usaban el hotel como pensión de lujo, se marchó al segundo día.

Pasé toda esa tarde encerrada en el lobby, sentada frente al ventanal que daba a la hacienda, tratando de hacer un balance personal del dinero perdido y por perder. Pensaba en la excusa que daría a mis hermanos cuando notaran que mi aporte para la enfermera de mamá no llegaría hasta quién sabe cuándo. Mientras, sentía la mirada de los gansos, fija en mí cada vez que alzaba la vista hacia la hacienda.

La gente, harta de esperar, entró al hotel con intención de matar a los gansos, que, al ver a la multitud, dejaron de mirar

hacia donde estaba yo y se refugiaron en el interior de las ruinas. Francisco convenció a la muchedumbre de esperar un poco más. A eso de las seis de la tarde, él y Felipe caminaron hacia el centro de la ermita sumergida desde la calzada principal. Supuse que habrían llegado ya a algún acuerdo, o que Carlos, el jurídico del hotel, había convencido a Felipe a la mala, volteando el argumento, diciéndole que no tendrían por qué pagar a una trabajadora sin contrato. Para mí era un misterio que Felipe se mostrara cooperativo.

Unos veinte minutos después, los dos corrieron de vuelta. Detrás de ellos sonaban los graznidos y aletazos. Cuando entraron al lobby, ambos estaban pálidos, mas no dijeron nada, sólo dejaron unas cuantas plumas en el piso ahí donde pasaban. Se encerraron en la oficina de Francisco. Felipe salió con la gente a decirles que abandonaran la propiedad, que habían llegado a un acuerdo. No le creyeron, pero él insistió y accedieron a irse dejando turnos de guardia.

Francisco llegó a mi habitación más tarde, antes de que me durmiera.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Mañana te cuento, aún lo estoy procesando. Por ahora preferiría relajarme, ha sido un día duro para los dos.

Sólo por eso lo dejé tocarme como quisiera. Me molestaba que sujetara mis llantas mientras lo hacíamos. Luego dejé que se acostara y me subí en él. No por mucho tiempo, claro. Diez minutos después ya estaba roncando. Me puse boca abajo, terminé yo misma y traté de dormir a pesar de que sus ronquidos llenaron la habitación. Más tarde comenzó a moverse, destaparse, balbucir y patalear.

Algo ocurrió cuando los mineros cavaron en la zona que sería la entrada al yacimiento en el mes de agosto: debajo del túmulo hallaron un basamento piramidal. En un principio, el hecho de que la entrada de la veta estuviera debajo de un centro ceremonial prehispánico no representaba un problema, no en esa época; bastaba con que los trabajadores demolieran la mampostería, que podrían utilizar para los propios muros de la construcción. Al parecer, así lo hicieron antes de empezar a minar los metales. Mientras los barreteros extraían las rocas del basamento, los constructores las aprovechaban para los muros. Una vez terminaron de remover hasta los cimientos, inició la actividad minera.

Cuando desperté, el olor inconfundible de las aves llenaba la habitación. Afuera unas cuantas plumas se arremolinaban alrededor de la puerta, mecidas por el viento. Francisco me llamó a su oficina. Al entrar lo vi sentado en su escritorio, con la cabeza entre las manos, masajeándose las sienes. Sentí cierta pena por él. Carlos, Felipe, Inés, el contador y el regidor, en representación de los pobladores, estaban en la habitación también, al parecer luego de un monumental desacuerdo que mantenía a todos en silencio, como si sólo estuvieran esperándome. No sabía para qué querrían ahí a una pasante en Historia, pero Francisco más o menos despejó las dudas:

—Bárbara. Necesitamos que vayas a la cabecera —me dijo secamente, mientras todos me miraban—. Al Archivo Municipal, en concreto.

—¿Para solicitar el permiso?

—No exactamente. Carlos ya está en eso.

El abogado torció la boca y apretó los labios hacia mí en señal de confirmación.

—Con todo respeto, Paco, no veo por qué me necesitas allá para reubicar a unos pinches patos.

—No es eso. Es por otra cosa.

—¿Qué? —pregunté con fastidio.

Francisco y Felipe se miraron un instante, como evaluando qué tan prudente era decírmelo frente al resto.

—Quiero que investigues todo lo que encuentres sobre la hacienda. Todo. La veta, la huelga, la capilla y cómo o por qué la inundaron.

La petición me desconcertó. Afuera, la gente del pueblo permanecía en espera de que los dejaran entrar a las ruinas. Y en el lago, los gansos, ajenos a los deseos de todos, recorrían los alrededores de la hacienda de manera errática, graznando, picoteando la piel del agua aquí y allá, y dispuestos a cerrar el paso a cualquiera que intentara acercarse.

Los mineros sólo lograban extraer plomo, zinc y cobre. El oro y la plata parecían haberse escondido en lo profundo de la veta. Las cantidades obtenidas tras la amalgamación no eran las esperadas, y apenas cubrían los propios salarios de los trabajadores y el levantamiento de la construcción. El problema se acentuó cuando descubrieron que la concentración de los minerales que anhelaban era mayor mientras más se acercaban al embalse. Eso implicaba que tendrían que drenarlo.

La alcaldía de Tanatepec es lo más parecido a la administración de un parque de diversiones, como suele ocurrir en cualquier pueblo mágico. Los trámites y permisos relacionados con la circulación de dinero, el transporte y el turismo solían ser rápidos, pero eso no compensaba la ineficiencia del resto de los asuntos, tal como me sucedió con el encargado del Archivo Municipal. El sujeto tardó horas en redactar el oficio de respuesta a la solicitud de consulta. Tuve que buscar el apoyo de Carlos, quien tenía sus propios problemas en el departamento jurídico con el permiso para reubicar a los gansos. «Me debes una cena», dijo cuando el encargado accedió a dar prioridad a mi solicitud. Aun así no sirvió de mucho: me entregó el oficio hasta las cuatro. Carlos y yo tuvimos que hospedarnos en uno de los albergues para no gastar de más, ya que Francisco nos había dado los viáticos a cuentagotas.

«Tengo que guardar todo lo que pueda para el tratamiento de Inés, ustedes entienden», dijo antes de que viniéramos. Le pregunté una vez más para qué me necesitaba acá. Nos apartó del grupo y nos dijo lo que ocurrió.

Algunas de las biografías mencionaban que el conde descuartizó a una de sus hijas como escarmiento por involucrarse sentimentalmente con un capataz de la mina de Santa María. Pero otros biógrafos insistían en que eso era más bien una leyenda negra en torno al hombre más rico y poderoso de su tiempo. El supuesto rumor no resiste ni siquiera un cotejo contra las fuentes genealógicas, que registran las muertes de las hijas a otras edades.

«Felipe y yo entramos a buscar al pato que atacó a Inés hasta

el centro del casco. Y yo sé que no me van a creer, pero al llegar vimos que el agua en la capilla había bajado. No sé cómo explicarlo, como si el nivel del agua ahí fuera diferente al del resto del lago, no era mucho, menos de un palmo, yo digo, se notaba en la franja de salitre sobre el muro. Eso desconcertó demasiado a Felipe, que suele pasar bastante tiempo cerca y no podía entender cómo pudo ocurrir en un lapso tan breve. Aun así, no nos echamos para atrás y llegamos hasta la escalerita que baja a la capilla. Cuando estábamos por descender, algo se deslizó debajo del agua y cruzó la entrada hacia nosotros. No pudimos distinguir qué era, parecía el lomo de un pez grande o algo así. Antes de ver qué era, nos cayeron los patos y tuvimos que salir corriendo. No sé si ahora me entiendan. No sólo quiero deshacerme de ellos, sino entender también qué está pasando con la capilla. No podemos darnos el lujo de que le pase algo y terminemos perdiendo esa fuente de ingresos. Cuento con ustedes. Cuento contigo, Bárbara».

La bitácora menciona que, tras terminar de demoler el templo, los mineros, azogueros, capataces e incluso los constructores de la hacienda (que no se caracterizaban por ser tan supersticiosos como los primeros) comenzaron a contarse los sueños para tratar de explicar aquellos acontecimientos.

Las palabras de Francisco aún resonaban en mi mente y me impedían conciliar el sueño. Tomé el teléfono y busqué artículos sobre el conde. Descubrí que su principal biógrafo era un español con sus mismos apellidos. También me enteré de que tenía algunos descendientes en Tanatepec y en la capital del

estado: uno de los investigadores en el área académica de Historia en la Universidad de Agnos, que fue sinodal cuando reproché mi examen de grado, y sus hermanos, uno de ellos desaparecido desde 2003.

Mi búsqueda fue interrumpida por un mensaje de mi hermano. «No has mandado tu parte del dinero para mamá», decía. «El trabajo ha estado algo flojo», respondí sin dar más detalles, «Háganme el paro este mes. Les prometo que el próximo me pongo al corriente», mentí. “Siempre se trata de dinero”, pensé luego de despedirme.

Tal vez podría pedirle a Francisco un adelanto o que me prestara y después le pagaría. «Me gustaría estar contigo ahora», le escribí. No respondió, ni siquiera lo vio. Mi cabeza empezó a punzar y no se detuvo hasta que me quedé dormida.

La mayoría de los testimonios mencionaban un sueño recurrente en el que se manifestaba la visión nítida de una ceremonia consagrada al Ahuízotl del embalse. Los trabajadores coincidían en que el teohua y otros sacerdotes de menor rango estaban ataviados en oro y que la ofrenda, que solía ser una pareja o familiar del soñador, siempre aparecía en el momento en que le arrancaban los ojos, los dientes y las uñas, tras lo cual daban la bienvenida a una corriente de agua que volvía al río, haciendo descender el nivel de agua del embalse.

Al día siguiente el mensaje mostraba dos palomitas azules sin respuesta. Traté de dejar mis preocupaciones de lado e inicié con la búsqueda. Empecé con las solicitudes de concesiones de minas del conde. Había registros de las cuatro más famosas:

Santa María y San Miguel, anegadas parcialmente y convertidas en hoteles, como el nuestro; San Javier, destruida; y la primera de San Antonio, inundada por completo. Comencé a registrar los documentos de la última. Habían archivado lo de las dos, todo junto. Entre los documentos encontré un legajo dedicado a la segunda de San Antonio, que era donde estaba nuestro hotel: el descubrimiento de la veta, el denuncia, los contratos de los mineros, el permiso del marqués de Cruillas, algunas actas de asistencia de los trabajadores, los informes financieros de 1763 a 1766, las nóminas del mismo periodo en las que constaba la disminución de salarios de los mineros, el acta de clausura de la mina tras la huelga y una bitácora de obras escrita por los capataces. Sobre la construcción de la hacienda y la decisión de inundarla no había datos en las actas, salvo un repunte en las cifras y luego el cierre. Sin embargo, la bitácora era más prometedora. Las últimas páginas estaban dedicadas a la huelga y mencionaban algunos de los motivos del conde para cerrar la mina. Mientras hojeaba los documentos, escribí una breve reconstrucción de los hechos.

La descripción de lo ocurrido contrastaba con los esfuerzos de los propios mineros, ya que incluso cuando intentaron drenarlo en los meses de la estación seca, el agua del embalse siempre volvía al mismo nivel, impidiéndoles continuar con la extracción.

No quise ir a comer con Carlos esa tarde. Me fastidiaba la idea de estar con él entre turistas y residentes güeros que le tomaban fotos a la gente morena o a cualquier cosa. La rodilla me había dolido todo el día y no deseaba seguir caminando. La cabeza

también y preferí llegar al albergue temprano para tratar de dormir y volver al hotel al día siguiente.

«Te estuve esperando en el restaurante, Barbie», me escribió cuando llegó a su habitación en la noche.

«¿Ya quedó?, el oficio, quiero decir, ¿Ya tienen permiso para reubicar a los patos?», escribí, evadiendo su coqueteo. No entendía el porqué de esa actitud repentina si en el hotel todos sabían lo que pasaba entre Francisco y yo.

«Ya quedó. Mañana salimos temprano, a las cinco».

Ya no le respondí. Un nuevo mensaje llegó, pensé que sería de Carlos, pero era mi hermano: «Mamá se puso mal. Vamos a llevarla al hospital, si no vas a cooperar, por lo menos trata de venir».

“Hijos de la chingada”, pensé. “Siempre el maldito dinero”. Y con ese pensamiento, y la salud de mi madre en mente, me quedé dormida.

Tuve el mismo sueño que los mineros: me encontraba al pie del lago del hotel, tal como era antes: un cuerpo de agua menos extenso, con sacerdotes mexicas, gansos y mi madre en la piedra de sacrificios. Una especie de monstruo, que no pude distinguir si parecía una nutria o una salamandra grande, me miraba desde la profundidad del lago con ojos que brillaban como el oro.

Desperté sobresaltada antes de que sonara la alarma. Me vestí y esperé sentada en la cama el mensaje de Carlos para volver al hotel. La noche y mis pesadillas me habían permitido pensar la situación. Definitivamente le pediría un adelanto a Francisco y me tomaría unos días para visitar a mamá en Agnos cuando el asunto se resolviera.

No puedo describir la mirada de Francisco cuando terminó de leer mi informe. Era una mezcla de horror y avaricia que ya había visto en él antes, pero no con tal intensidad, como si pensara en alguna posibilidad para extraer el oro del lago. Le dije que no era simplemente entrar al agua con pala y tamiz; requería inversión, procesos y maquinaria especializada. Si los gobiernos anteriores no habían llegado antes a expropiar el hotel, o a venderlo a una minera canadiense, seguro era porque ya contaban con estudios en los que el costo superaba el beneficio. Sin embargo, en su mente la idea ya se había incubado y lo único que yo podía hacer en ese momento era acariciar su pecho lampiño. De hecho, yo misma me había entusiasmado también con la posibilidad.

—Curioso sueño, el de los mineros —dijo mientras miraba al techo.

—¿Sí?, ¿por qué? —pregunté.

—Por nada, en realidad —respondió.

Se puso de lado, me dio la espalda y permaneció callado hasta que escuché sus ronquidos.

Volví a tener la misma pesadilla con mi madre en la pila de sacrificios, los gansos alrededor y un par de ojos dorados que trataban de darme un mensaje que se distorsionaba al cruzar la superficie del agua. ¿Por qué a mí? ¿Qué tenía en común con el conde o los mineros? La bitácora mencionaba el culto a un Ahuízotl, una criatura asociada con Tláloc y el agua, no con la riqueza. ¿Por qué un augurio como ése?

A principios de 1764, el conde solicitó a la diócesis la intervención

de un grupo de frailes franciscanos de Magdalena Agnos con la intención de reforzar la fe de los trabajadores y que dejaran de contar las pesadillas ya que lo que ahí invocaban era casi una herejía. Al ver que los rumores e historias continuaban, decidió iniciar la construcción de una ermita para “purificar” la veta. Envío la solicitud a la diócesis con los propios franciscanos que habían acudido a su llamado. Cuando tuvo el permiso, el conde ordenó levantar la capilla utilizando las mismas rocas del antiguo basamento. A los constructores no les gustó esto pues tuvieron que derribar algunos de los muros previamente contruidos, sin recibir pago por las nuevas obras. Ésta fue una de las primeras inconformidades, semilla de lo que vendría después.

A la mañana siguiente los campesinos se concentraron en el patio del hotel. Francisco permitió que Carlos les explicara que por fin tenían el permiso para dar caza a los gansos y los pormenores de los términos que se acordaron con la comisión de medio ambiente del ayuntamiento: evitar matarlos y, en su lugar, someterlos sin violencia para reubicarlos. Pero el grupo, compuesto por diez hombres armados con machetes, azadones u horquillas, parecía tener otras intenciones cuando comenzó a recorrer la calzada y penetró hacia el interior del casco en busca de los gansos.

Como si cada uno leyera la mente del otro, Francisco inventó una excusa para seguirlos.

—Debería supervisar que cumplan con el acuerdo.

Comenzó a caminar.

—Espera, me gustaría ver la construcción y la capilla. Por el tour —dije, a pesar de que la rodilla aún me dolía.

Esto último no era falso. Siempre hablaba de eso en los recorridos, mas como nunca entrábamos, debía echar mano de las fotografías y mi imaginación para describirlo. Aquella podía ser una oportunidad única. En el fondo, ambos sabíamos que era un pretexto motivado por la codicia sin nombre de algo que no podíamos poseer.

Al final de la calzada cruzamos a través de un arco de medio punto. El mundo del otro lado ya era familiar para Francisco. A mí me maravilló. Imaginaba sólo muros y calzadas sobre el lago, pero dentro se levantaban muros más altos, arcos que sobresalían y decoraban corredores llenos de agua. Había áreas de tierra firme tupidas de pasto, vegetación y árboles de hojas verdes o amarillas tan juntos que impedían el paso, y pequeñas ciénagas, aquí y allá, donde el agua quieta se volvía turbia. Y zonas en las que el agua verde estaba llena de lirios y otras plantas acuáticas, así como truchas enormes de lomo color jade. Todo formaba un laberinto precioso de pasillos y puentes en los que el musgo negro, las enredaderas y los árboles aferraban sus raíces entre las rocas, deformando la mampostería decorada de plumas. Las ardillas, lagartijas y libélulas se hacían a un lado al paso del grupo, mientras los mosquitos y mariposas se acercaban. Entre la construcción, el agua dejaba ver apenas la parte más alta de los arcos y dinteles de las entradas a las habitaciones inundadas. Aun así, se podían distinguir las chimeneas de los hornos, las tinas de lavado y los túneles de entradas a las mazmorras por los cuales las plumas penetraban como pequeñas góndolas.

Luego de algunos rodeos, el grupo llegó a la entrada de la ermita. El nivel del agua había descendido aún más de lo que

mencionó Francisco unos días antes. Ahora se notaban dos franjas de salitre de unos diez centímetros que indicaban el extraño desnivel de la ermita. La escalinata donde había sido atacada Inés, que descendía al pequeño atrio internándose en el agua, estaba casi seca y, más allá de la puerta de archivolta, el agua al interior de la ermita hacía ondas extrañas, como si un pez más grande nadara de aquí para allá.

Dado que las otras haciendas de la comarca estaban en bonanza, el conde mandó a llamar trabajadores de ellas para tratar de darse abasto con las obras de construcción de la ermita, del casco, del vaciamiento del embalse, del avance de la mina y de la amalgamación. Tanto las actas financieras como la bitácora consignan que todas estas empresas comenzaron a provocar retrasos, accidentes y pérdidas que llevaron a nuevas inconformidades de los trabajadores.

Los gansos llegaron a espaldas nuestras a través de la calzada. Los hombres empuñaron sus armas, nos hicieron pasar detrás de ellos y plantaron frente a la manada de aves, que abrieron las alas y dejaron sus picos abiertos mientras graznaban para intentar ahuyentarnos. No sirvió de nada. Las rocas de la calzada se tiñeron de rojo cuando el primer hombre, sin advertencia, asestó un golpe letal al cuello de uno con su azadón. Francisco, Carlos y yo nos paralizamos de la impresión. Las criaturas asustadas intentaron alejarse, las que estaban más cerca terminaron malheridas de las alas y el cuerpo, o con los picos o las patas rotas. El grupo de ocho o nueve que quedaron a la zaga, al constatar la agresividad con que eran mutilados y asesinados

sus compañeros, abrieron las alas y salieron volando en dirección al río. Sus cuerpos blancos se perdieron en el cielo de la cuenca.

Los hombres terminaron de rematar a las aves que aún agonizaban, ante nuestras atónitas miradas. Incluso Felipe se había llevado las manos a la boca y, al igual que yo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Fue cuando entendí que el jardinero no deseaba dañarlos, era quien más tiempo pasaba en su cercanía.

El hombre que atacó primero organizó al resto para que recogieran los cuerpos sobre la calzada y sacaran del agua a los caídos. Cuando terminaron de levantar los cuerpos, extendió un costal que llevaba y, con un movimiento certero de su muñeca, comenzó a arrancar las plumas y a echarlas dentro. Estuvo haciendo eso hasta que salimos del casco y volvimos al lobby.

El hombre nos dio las gracias y, al terminar de desplumar al ave que llevaba, arrojó el cuerpo lleno de puntos rojos al suelo de la estancia.

—Para que se preparen un molito al rato —dijo y salió del hotel, seguido por los hombres que cargaban el resto de los cuerpos.

El último en salir fue el regidor, que sólo pudo contemplar impotente la masacre al igual que nosotros.

—No se suponía que fuera así, una disculpa. Explicaré todo en el ayuntamiento para que esto no afecte a su negocio —dijo, quizá con sinceridad, al salir detrás del grupo con un ganso muerto bajo el brazo.

La bitácora menciona el día, a finales de abril de 1764, en que el conde visitó personalmente la veta. Esa noche tuvo la misma

visión que los mineros: sacerdotes ataviados en oro y una criatura bajo el agua que, pastora de ésta, la hacía volver al cauce del río. La ofrenda, sin embargo, despojada de sus ojos, dientes y uñas, era Juana, una de sus hijas.

Sin las aves rondando en los pasillos del casco, el camino hacia la entrada de la hacienda estaba por fin despejado para el tránsito de los turistas. Estos, sin embargo, ya no llegaron. Al día siguiente, personal del municipio se presentó en el hotel, entregó a Francisco un oficio y selló las entradas con cinta amarilla con la leyenda “Clausurado” repetida una y otra vez con letras rojas. Tuvimos que cancelar todas las reservaciones y regresar a las personas que llegaban, con la incertidumbre de saber si el hotel terminaría en bancarrota o no.

Esa noche Francisco no vino a mi habitación y el sueño se repitió, pero, en vez de mi madre, esta vez eran los gansos quienes desbordaban la pila de sacrificios. El mensaje de la criatura de ojos dorados fue nítido. Desperté sobresaltada, una sombra pequeña observaba hacia el interior desde la ventana, tras la cortina. Me cubrí con las cobijas, pero ya no pude conciliar el sueño.

Por la mañana encontré otro montón de plumas, esta vez ensangrentadas, que el viento arremolinaba bajo la ventana. Me presenté en la administración. Francisco organizaba los balances del trimestre y separaba con desgano el dinero de la

indemnización de Inés. Aún triste, Felipe le recibió el sobre, dio las gracias y salió. Le comenté a Francisco la situación por la que pasaba, la paranoia que me provocaba imaginar a los gansos observándome y la molestia constante que había sufrido por mis hermanos.

—No puedo adelantarte el sueldo, Bárbara —respondió tajante.

Nos quedamos en silencio.

—Pero tampoco puedo tenerte aquí a la fuerza —matizó—. Si quieres volver a Agnos para ver a tu má, hazlo. Te llamo cuando volvamos a abrir.

—No entiendes nada —respondí y salí antes de que notara mi tristeza.

Comencé a preparar mi maleta, pero estaba fuera de mí, como ida, lenta, imaginando plumas blancas manchadas de sangre en la alfombra, sin que mi cuerpo pudiera responder a lo que mi mente le pedía.

Si bien renegó con rabia de su sueño, el conde, desesperado y tal vez imprudente por la avaricia, tomó decisiones cada vez más injustas contra sus propios trabajadores. Entre las actas se menciona que, entre 1764 y 1765, aumentó las jornadas y la carga de trabajo, les retuvo el tequio, suprimió el “partido”, e incluso disminuyó el pago de jornales de cuatro a tres reales por día.

Abrumada, me senté en la cama y me quedé con la mirada perdida hacia el muro durante largo rato. Fue cuando Francisco llegó de improviso a la habitación.

—No te vayas aún. Todavía debe haber algo que podamos hacer.

—¿Qué más quieres de mí?

—Vamos a la capilla.

Fue cuando me di cuenta de que, en la puerta de la habitación, había dejado un pico, una pala y un tamiz. Estaba desesperado, igual que yo. Me llevé las manos a la sien.

—Ok. Te acompaño —dije sin ganas. En el fondo, la idea no me parecía descabellada.

—¿Puedes verlas? —pregunté antes de levantarme—. Las plumas, me refiero.

—Quizá se nos pegaron a las suelas —dijo con prisa.

Caminamos en silencio, cargando las herramientas, él con el pico y la pala, y yo con el tamiz y el morral. De seguro nos veíamos graciosos, como esos buscadores de oro desesperados en las películas de vaqueros, pero en pleno siglo XXI.

El estallido de la huelga de mineros en Magdalena Agnos y Tanatepec, un año más tarde, coincidió con la muerte de Juana en la Ciudad de México, al mismo tiempo que los operarios cesaban labores tras el rechazo de sus peticiones. Enojado y decepcionado, el conde tomó medidas drásticas para castigar a los insumisos y enviar a los cabecillas a prisión en La Habana.

Llegamos nuevamente a la calzada, cruzamos el arco, caminamos por los pasillos y puentes con lentitud, ya que aún sentía algo de dolor en la rodilla. Esta vez no disfruté el paisaje. Donde quiera que mirara, el verde de la vegetación se seguía

teñido con la sangre y las plumas de los gansos, así que agaché la cabeza todo el camino hasta que llegamos a la escalinata.

El atrio estaba seco y una tercera franja de salitre, más ancha que las que vi el día anterior, mostraba nuevamente el descenso inexplicable del agua. Francisco ignoró esto, se quedó afuera y comenzó a picar la roca a la orilla del agua. Una parte de mí deseaba que encontrara lo que buscaba y me quedé pensando un instante si debía ayudarlo o no. Llamó más mi atención conocer el interior de la ermita.

Crucé el portón y esperé unos segundos a que mis ojos se acostumbraran al cambio de luz. Y aunque el interior aún estaba anegado, era lo suficientemente bajo para entrar caminando. El agua estaba quieta, salvo por las ondas que ocasionalmente dibujaba el lomo moteado del gran pez en el interior. En los cruces de los círculos del agua me pareció ver dientes y ojos que me recordaban a los de los gansos. Quizá era pura sugestión. Mientras caminaba hacia el altar mayor miré las ventanas de arco sin vitrales por donde se colaba la luz exterior. También vi la parte superior de algunas rocas sueltas dispersas en la sala, que sobresalían del agua aquí y allá.

Subí los tres escalones para ver el presbiterio de cerca. Todas las losas del altar estaban removidas y empezó a costarme trabajo mover los pies, que se enterraban constantemente en el suelo lodoso, pero valía la pena porque, mientras removía la tierra, emergían del fango pedregoso algunas estatuillas de basalto con forma de ajolotes, nutrias y aves, así como mucha pedacería de cerámica mexica. Los relieves en el ábside del altar tenían glifos que no pude descifrar, salvo algunos como *atl*, *cipactli* o

miquiztli. Llamó mi atención en particular una especie de cruz con cuatro círculos entre los brazos.

Escuché el chapoteo del agua y al voltear, noté nuevamente el lomo del pez alejándose. Cuando la superficie se asentó, dos destellos opacos me devolvieron la mirada desde el otro lado de la piel del agua. Eran los ojos amarillos de la criatura en mis sueños.

Bajé del altar y caminé despacio hacia ellos, tratando de remover lo menos posible el fondo acuoso para no ahuyentarlos ni perderlos de vista. Al acercarme lo suficiente, la luz que entraba a través del ventanal reveló lo que eran. Apenas encima del lecho turbio estaban dos piezas pequeñas de metal cuyo brillo no pudo ahogar el agua de cientos de años. Afuera del recinto sólo se escuchaba el sonido de las rocas al partirse.

Metí la mano en el agua, tomé las dos piezas y todo quedó en silencio. El pez volvió a moverse y esta vez me pareció que hacía un ruido distinto, un susurro casi imperceptible.

Los últimos dos sucesos mencionados en la bitácora coinciden con el informe financiero final. En octubre de 1766, cuando los mineros de San Antonio regresaron a sus labores, finalmente pudieron extraer plata y oro de las zonas cercanas al embalse. Para ese momento, el conde había perdido ya a tres de sus hijas. Con su reputación arruinada, dejó de intentar abarcar más de lo que podía y decidió realizar una especie de retiro religioso. No volvió a pisar la hacienda. Mientras, los trabajadores lograron minar oro y plata durante unos meses más.

El tono de notificación en mi teléfono me sacó del ensimismamiento.

«Mamá se puso mal. Tal vez ya no la alcances», leí, pero no pude procesar el mensaje por una creciente sensación de que algo antiguo y siniestro me observaba, me había puesto a prueba, y yo había fallado. Esto sólo se confirmó cuando escuché el reproche de Francisco a mis espaldas.

—Estaba aquí adentro, ¿verdad?, lo encontraste.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué no me llamaste? ¿Por qué tengo que venir yo?

—No te entiendo, Paco. Ve al punto.

—Felipe también tuvo el sueño... Y yo. —Su mano temblorosa aferraba la pala con firmeza y sus ojos permanecían fijos en las dos piezas de metal que yo sostenía.

En ese momento supe a qué se refería. Recordé a mi madre en la pila de sacrificios, a los gansos. Y entendí, por cómo me miraba, que él soñó a otra persona en el altar. Lo que la veta pedía dar a cambio. Sonreí con resignación cuando me di cuenta de que Francisco lo entendió días antes y por eso me había traído sola al casco.

—Perdóname.

Levantó la pala.

Y a pesar de que los barreteros de la segunda hacienda de San Antonio en su momento no se unieron a la huelga, el conde los obligó a desviar el cauce del arroyo de la cuenca para llenar completamente el embalse y sumergir la ermita y el casco que quedó a media construcción.

Nuestros pies se habían atascado en el lodo mientras hablábamos, y ambos perdimos el equilibrio al intentar movernos. Como pude, me levanté para huir, Francisco no lo logró. El gran pez se acercó a él y yo sólo entreví la breve lucha en el agua revuelta. Estuve segura de que no se trataba de un pez, sino de una criatura distinta, que abrió sus fauces y se lanzó directo a la cara de Francisco. Intenté huir lo más rápido que pude mientras escuchaba sus gritos. Volteé instintivamente para ver qué ocurría. Francisco estaba erguido, tanteando a su alrededor, con las cuencas de los ojos vacías y una expresión aterrada en lo poco que le quedaba de rostro.

La criatura nadaba hacia mí y mis pies aún se atascaban a cada paso. Casi en la puerta de entrada, tropecé con una de las estatuillas de basalto, mi rodilla no resistió más y caí al agua. La criatura mordió mi pie. “Es todo”, pensé, apreté los dientes para resistir el dolor, me sacudí e hice un último esfuerzo para llegar a la escalinata y subirla a rastras. Cuando llegué arriba, escuché graznidos y sentí que mi pierna se liberaba. Al voltear pude ver el lomo de la criatura cruzando de nuevo el umbral al interior de la ermita para volver al agua. Con las alas y cuerpos aún heridos, llenos de manchas de sangre seca, los gansos graznaron y aletearon unos instantes más para ahuyentarla.

Al notar que la criatura no volvería, dieron la vuelta y desplegaron sus alas nuevamente, esta vez hacia mí. Mientras me alejaba, vi a Francisco salir de la ermita guiado por los graznidos. No dejaba de gritar algo parecido a mi nombre, pidiendo perdón. Lo dejé a su suerte y caminé de vuelta lentamente.

La bitácora cierra mencionando que las pesadillas de los mineros cesaron cuando el conde ordenó traer de España doce parejas de gansos para que “decoraran” el lago, mientras la veta sigue ahí, resguardada por el agua, en espera de que alguien vuelva a intentar agotarla.

Me di cuenta de que aún sostenía el teléfono (mojado, apagado, quizá descompuesto) en una mano y las dos piedras metálicas en la otra. Me las guardé en el bolsillo con una especie de certeza amarga: “Mamá ha muerto”, fue lo único que pude pensar. La imagen del brillo de las piedras ahogándose bajo el agua y los lirios fue lo único que maginé mientras caminaba de vuelta al lobby.

Felipe me vio, llena de lodo, y vino a ayudarme.

—Paco aún está en la ermita, necesita ayuda.

—Gracias —respondió y fue por él.

Me reprendí por ayudar a Francisco. “No lo hago por él”, pensé, “Es por Felipe, por Inés”, que aún necesitaban la indemnización. Antes de que se alejara demasiado, lo llamé.

—Felipe. Tal vez esto te sirva para Inés.

Intrigado, volvió. Le entregué las dos piezas de metal. Las miró en su mano sin saber si aceptarlas o no.

—No tienes nada que pagar, Inés ya lo hizo.

Él pareció entender a qué me refería. Incluyó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Una cosa más: los gansos volvieron, pero ellos no mutilaron a Inés.

Me miró unos instantes, asintió y se fue hacia el lago. Fui por mi maleta y abandoné el hotel.

Unas semanas después recibí un mensaje de Carlos, invitándome a salir. En mi interior lo mandé al diablo, pero la curiosidad me ganó y estuve en el chat un rato para saber qué había sido de Francisco.

«Te hubieras quedado», escribió, «El hotel reabrió unos días después, los residentes volvieron y estamos más llenos que nunca». Al parecer Francisco no lo había puesto al tanto de nada. «Cuando volvieron del ayuntamiento quitaron los sellos y clausuraron el casco. Ahora nadie puede entrar, y está bien, porque los patos regresaron, están serenos y no salen de ahí. Y se ponen bravísimos».

«¿Y Paco?», pregunté.

«Él está bien, desde que le quitaron las vendas ha estado guiando los tours él mismo, mientras llega tu reemplazo. Las propinas le llueven a él y a Inés, que ya la contrató como su lazarilla. Les cuentan a los turistas la historia del conde y sus sueños, la huelga y la muerte de sus hijas, todo lo que le escribiste al muy cabrón, mientras la gente no deja de mirar las cicatrices de sus rostros».

«Me preocupaba Inés, qué gusto. Salúdame, también a Felipe», escribí.

«Deveras te hubieras quedado. La gente se asusta con la idea de que algo arcano y poderoso se oculta en el lago y los observa.

Y ellos nos recomiendan. Es una mina de oro, te digo. Tú lo habrías hecho mejor».

Lo dejé en visto y lo bloqueé. Se me ocurrió que podría demandar a Francisco por lo sucedido, pero desistí de la idea de inmediato. Fui al cuarto de mamá y le ayudé a levantarse para ir al baño. La enfermera había renunciado y yo llegué a un acuerdo con mis hermanos para cuidar de ella mientras conseguía trabajo.

—¿Alguna vez podremos hacer el tour del hotel donde trabajabas? —me preguntaba ella siempre que se sentía mejor.

—No, má, yo creo que ya no. Pero puedo contártelo.

Se empezó a recuperar desde el mismo día en que regresé («Es un milagro», dijeron mis hermanos), y no podía dejar de pensar que entregar las dos piezas de mineral a Felipe fue lo mejor que pude hacer. Las pesadillas también se habían ido, pero en mi mente aún aparecía la imagen insondable de lo que yacía bajo la superficie del lago, dos ojos amarillos y una lengua dentada que se deslizaban tensando la superficie desde el otro lado de la piel del agua.

Rafael Tiburcio García (Villahermosa, 1981). Escritor, melómano, editor, docente y locutor. Edita la revista *Espejo Humeante* y, ocasionalmente, hace *podcasts*. Ha colaborado en antologías y revistas de México, Chile, España, Estados Unidos y Perú. Es autor de *Cuentos de bajo presupuesto* (Cecultah, 2014) y *Rabia | Ikari* (Cecultah, 2015). Mención honorífica en el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 2016, Premio de Cuento Ricardo Garibay 2014 y mención honorífica en el Primer Premio de Libro de Cuento Imaginación y Futuro 2021 de MexiCona. Gestiona sus redes como *@juancorvus*.

— • —

PLANETA CLIPPERTON

JOSÉ LUIS RAMÍREZ GUTIÉRREZ

Mi madre, Alicia, tenía el iris de los ojos de un color muy claro, aunque no era verde ni azul, sino amarillo; mi padre la llamaba ‘Licha’, ella lo odiaba, le parecía un mote más bien despectivo. Tenía el cuello muy largo, la piel blanca, llena de pecas como un huevo de totola. Por eso decían que ella era de nacionalidad francesa —no mexicana como acreditaba la bandera en el hombro de su uniforme—, aunque no eran sino los efectos de la radiación, la poca gravedad y la melanina, pues había pasado buena parte de su vida en uno de los campamentos base del cinturón de asteroides.

No era un planeta, ni se llamaba Clipperton.

Así como tampoco tenía nada que ver con las ideas preconcebidas que se tenían en la Tierra. Los asteroides no son como el B-612 de *El Principito*. Tampoco están tan cerca uno del otro que chocan todo el tiempo como en las películas. Algunos son inmensos. Ceres, de hecho, es un planeta enano. También están Palas, Vesta, Higia y Juno. Si los pusieras juntos, sólo esos cinco pesarían lo mismo que todos los otros objetos astronómicos del cinturón; por eso establecieron ahí sus colonias los americanos, los rusos, los chinos, los indios y los de

la Unión Europea. El resto de los países se fue conformando con establecer campamentos en las rocas más pequeñas para reclamarlas como suyas, México entre estos.

Mi padre Ramón, por otra parte, sí tenía ascendencia francesa. Lo sabíamos por el escudo heráldico de su apellido, Arnaud, que tenía una flor de lis de plata en campo de azur. Pero de él, el 45% de sus genes europeos debieron ser recesivos, mientras el 45% indígena y el 10% africano serían los dominantes, por lo que aun sin ser tan moreno su fenotipo era como el de las cabezas olmecas.

Mamá solía decir que era un hombre muy apuesto, con su uniforme de oficial de la fuerza aérea mexicana y sus alas doradas de astronauta; cuando eran novios, él había hecho ya varios vuelos HEO, y por eso sus superiores lo designaron para el primer viaje tripulado al cinturón de la Agencia Espacial Mexicana, apenas unos días después de casarse.

—Olvídese de Luna o Marte, allí hay sólo polvo —habrá dicho su comandante—, o agarramos uno ahorita o nos chingan, Arnaud.

Y no sé por qué, pero creo que más bien fue a mi padre al que se chingaron.

Los cohetes reutilizables se produjeron en serie para colonizar Marte, pero esta iniciativa privada resultó un desastre, así que la empresa terminó por rematar el excedente de su maquila a otros países. Así fue como México se hizo de uno de

estos y, bautizándolo como “El Demócrata”, lo reacondicionó cambiando sus motores Raptor por otros Safran de hechura queretense, mismos que usaron para enviar a mis padres y unos cuantos más al asteroide 2021FD26.

Ahí fue donde nací yo.

Obvio no puedo decir cómo fue en los primeros días sino por lo que me contaron o lo que alcancé a ver en algunas bitácoras de video, pero a estas alturas ya deben suponerlo; todo lo que podía ir mal en la misión fue todavía peor. No durante el viaje ni al tocar suelo extraterrestre. La ruta estaba programada desde el despegue en el desierto de Durango hasta la maniobra de “resortera” en Palas e incluso hasta la órbita de Ashley, que era como aparecía nombrado nuestro destino en el atlas celeste.

De cualquier modo, la pericia de mi padre fue clave para la maniobra de descenso, pues no había plataforma esperándonos y fueron necesarios varios vuelos de reconocimiento para identificar el mejor lugar para bajar el cohete.

Las cámaras de video registraron este momento histórico en todos los ángulos posibles, aunque no había gran cosa que ver sino el fulgor de los retrocohetes y el polvo levantado hasta que la visibilidad se hizo prácticamente nula. Luego dejaron salir un rover con una cámara para transmitir cuando los mexicanos pusieran pie por primera vez en suelo extraterrestre, pero pasó lo mismo, sólo se percibían las luces en las escafandras de los astronautas entre toda esa negrura silente, sin atmósfera y radioactiva, que yo llamaría hogar durante toda mi vida.

No me estoy quejando. Los primeros años de la colonia fueron bastante prósperos. Desde las primeras excavaciones, Ashley resultó rico en iridio, así que las naves llegaban con provisiones y se iban cargadas del metal que enviábamos pulverizado desde el campamento.

Nunca establecimos una colonia, aunque en algún momento llegamos a ser casi un centenar de habitantes en el campamento base (más de la mitad eran niños nacidos aquí), lo cierto es que los cultivos acuapónicos no prosperaron y dependíamos por entero de las provisiones enviadas, aunque tampoco había descontento. Las familias crecían y el hábitat excavado en el suelo del asteroide tenía muchas más comodidades de las que podíamos aspirar en la Tierra.

Hasta el día en que de pronto, todo se vino abajo. Recién había cumplido dos años.

Primero fue silencio de radio. Por primera vez en la historia del campamento, el centro de control de comando en Querétaro no confirmó el aterrizaje de nuestro cargamento de cincuenta toneladas de polvo de iridio.

La duración de los viajes podía variar dependiendo de distintos factores, a nuestro asteroide le tomaba casi cinco años terrestres dar una vuelta al Sol, y la distancia mínima de intersección con la Tierra variaba debido a sus excentricidades; pero sabíamos que esos factores sólo debían considerarse en el viaje tripulado, puesto que el envío de provisiones y minerales excavados podía ser sometido sin problemas a mayor aceleración.

Al principio, no nos preocupamos. Una carga de iridio era valiosa pero prescindible para los mexicanos en Tierra, sobre

todo porque los robots podían seguir minándola y mantener la producción o incluso duplicarla sin dificultad ni asistencia humana; no obstante, la base difícilmente sobreviviría si tan sólo redujeran las provisiones, ya no digamos si se veían interrumpidas.

Poco después de mis tres años la situación ya era crítica. Aún teníamos alimento porque mi padre lo había racionado marcialmente; no obstante, el silencio de radio desde México proseguía e iban ya dos años terrestres que no llegaba ningún embarque. Estábamos acostumbrados a recibir uno cada siete u ocho meses, con suficiente comida y medicinas para un periodo poco mayor al doble de tiempo, por temas de redundancia y considerando nuestra acelerada tasa de natalidad.

Entonces ocurrió lo impensable, murió mi padre.

Cuando cesaron las señales de radio, comenzó a utilizar un telescopio óptico para otear el cielo en busca de algún asteroide habitado al que pudiera pedir ayuda. En algún punto, creo, se aferró de tal modo a esta idea que terminó desquiciándolo.

—Viejo —le decía mamá—, son reflejos metálicos.

Pero Don Ramón Arnaud insistía en que eran luces de los campamentos argentinos, chilenos, uruguayos o hasta de la Guinea Ecuatorial.

A final de cuentas se aventuró a reacondicionar uno de los ‘mechas’ de excavación con cohetes caseros que imprimió él mismo con iridio en los talleres; me hacía acompañarlo y me

daba su pistola Obregón para que vigilara yo que no se acercara nadie, pero la gente no tenía ya fuerza ni para salir de sus casas, la mayoría estaba en cama enfermos de escorbuto, como marineros de antaño, ¿qué iban a hacer persiguiendo al gobernador a las minas donde de sobra sabían que no estaban las provisiones?

Sobra decir que los cohetes no funcionaron. Aunque mi padre era ingeniero aeroespacial, como todos los pilotos, sus cálculos electromagnéticos distaban mucho de ser precisos. Podía hacer órbitas de transferencia y maniobras de descenso con cierta destreza mental, pero al encender los propulsores espaciales los superconductores rebasaron por mucho la tolerancia de los sistemas de contención y mi padre murió —destrozado por tornillos, tuercas, pernos y otros componentes que al rojo vivo se soltaron de su lugar y la fuerza centrípeta de los campos arrojó contra el piloto a velocidades supersónicas— en el primer vuelo de prueba de su ‘mecha’.

Muerto mi padre, los pocos habitantes del campamento no respetaron más el orden marcial; arrasaron con las provisiones restantes, agotaron los corrales de totales y tilapias, siguieron los raquíticos cultivos de la hidroponía y luego se comieron hasta a sus hijos.

Esto último ya no lo viví yo, sino que me lo dejó escrito mi madre en una carta que encontré tiempo después bajo el asiento de piloto; ella además de bióloga era uno de los médicos de la misión, así que alcanzó a ver los primeros síntomas de

la encefalopatía espongiforme causada por la acumulación de proteínas priones.

Fue entonces cuando me hizo retomar el trabajo de mi padre en los talleres, reparar su nave rehaciendo desde cero la matemática de los motores, cuidando ella desde la puerta que nadie se acercase, mientras empuñaba la pistola de papá en el día, y durante la noche, cuando yo dormía, se cortaba trozos de sus propios muslos para alimentarme.

José Luis Ramírez (Puebla, Pue. 1974). Es Ingeniero Industrial en Electrónica y estudió una maestría en Ciencias de la Computación. Ha sido publicado en distintas antologías entre las que destacan: Mundos Posibles, Auroras y Horizontes, El crimen como una de las bellas artes Vol.III, Los Mejores Cuentos Mexicanos Ed.2003, Visiones Periféricas, El hombre en las Dos Puertas, Los Mapas del Caos y Silicio en la Memoria; así como en varias revistas y fanzines. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción 1998, con el cuento “Hielo.”

— . —

DOS JARRONES CAEN

BETH GODER

Dos jarrones caen. Uno contiene vida. El otro, muerte.

Es la prueba más sencilla del reino de los dioses. Estirar una mano. Elegir.

Sheel falla de nuevo, ambos jarrones se estrellan contra el suelo cristalino.

De niño, Sheel nunca pudo dominar el arte de pintar en la arena.

—¿Por qué solo hay dos colores? —preguntó.

Blanco: la luz cegadora de la muerte, del olvido. Negro: el suave espacio entre las estrellas, donde las almas nacen.

—Pinta con el negro, luego el blanco —dijo el puente divino—. Dibuja cada columna, cada hilera.

Sheel mezcló blanco y negro hasta volverlo gris, después pintó flores en el borde del universo, sabiendo que éstas crecerían y morirían, cada flor sosteniendo la procedencia de su progenitor y las semillas de sus descendientes, cada una destinada a la obsolescencia. Vivir, pensó. Morir. Una y otra vez.

Es la prueba más sencilla.

—Estira tu mano —dijo el puente divino—. Elige.

Dos jarrones chocan contra el suelo cristalino.

Cuando Sheel nació, expulsado desde el centro de una estrella, alcanzó el puente divino con ambas manos a la vez. Entonces el puente divino supo que Sheel traería problemas.

Es la prueba más fácil porque: ¿quién no elegiría vida? El jarrón negro contiene la sustancia del universo. El jarrón blanco contiene la luz que llega al final.

Todos los dioses eligen el jarrón negro. Es la primera prueba.

La prueba más sencilla.

Dos jarrones se estrellan contra el suelo cristalino.

—Sheel —dice el puente divino—. Estoy cansado de esto. Te dejaré pasar. Únete a tus hermanos. Aliméntate del polvo de

futuras estrellas. Toca las flores que crecen al borde del universo. Continúa con las siguientes pruebas que te esperan allá.

—No he elegido aún —dice Sheel.

Dos jarrones chocan contra el suelo cristalino.

El puente divino siempre supo que Sheel traería problemas. Quizá por eso el puente divino lo ama mucho más que a los demás.

Cuando Sheel tenía cinco días de edad (los dioses crecen rápido), observó la estructura de su mente. No solo había luz y oscuridad. No solo muerte y vida. Entonces supo que, a diferencia de sus hermanos, él no viviría para siempre. La luz cegadora lo llamaba, la misma que aparece al principio o al final de los tiempos (dependiendo de dónde empiece uno), pero primero, Sheel iría al espacio entre las estrellas, al lugar donde hay tantas cosas por crearse y deshacerse, y crearse otra vez.

—Elegirás la muerte —dijo el puente divino—. He presenciado todas las cosas, y eso es lo que veo.

—No haré eso —dijo Sheel.

—Quizá elegirás la vida —dijo el puente divino—. He presenciado todas las cosas y a veces olvido un poco de lo que veo, pero esto es seguro: todos los dioses escogen la vida.

Sheel nunca ha visto algo más bello que los árboles que crecen en los jardines cristalinos, donde la luz refracta como diez mil espléndidos soles. Estos árboles no debieron ser creados. En todo el reino de los dioses, son los únicos seres vivientes que pueden morir.

Los árboles, para Sheel, son una representación del tiempo, el cual solo puede tener significado si cambia. Cada hoja que se mece en el viento flota solo por un momento.

Dos jarrones caen.

Sheel se estira y alcanza ambos.

—Hiciste lo que dije que harías —dice el puente divino—. Te vi atrapar la vida. Te vi atrapar la muerte.

—Hay más cosas que hacer —dice Sheel, observando la arena que reposa dentro de cada jarrón.

—Cruza ahora —dice el puente divino—. Haz lo que tengas que hacer. —El puente divino cruje al desplegarse—. Cuando estés listo, serás el único de tus hermanos en cruzar de regreso.

El puente divino se estremece con tristeza, conocedor de todas las cosas, observando el día en que su amado cruzará de vuelta hacia el blanco de la nada. La estrella de donde provino Sheel brillará hasta los confines más lejanos del universo, y luego morirá como todas las estrellas, viendo su luz continuar.

—Cruzaré de nuevo cuando esté listo —dice Sheel, mezclando arena clara y oscura, formando una flor gris en sus manos—. Primero, tengo muchas cosas que hacer.

Beth Goder es archivista y autora. Más de 40 de sus cuentos han sido publicados en medios como *Escape Pod*, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, *Analog*, *Clarkesworld*, *Lightspeed*, *Flash Fiction Online* y *The Year's Best Science Fiction & Fantasy* de Horton. Puedes encontrarla en línea en www.bethgoder.com

— • —

PROCEDIMIENTO PARA NO MORIR DORMIDO

INTI HERNÁNDEZ

Ya le tocaba morir, por lo que empezó los trámites finales apenas se sintió al borde del abismo. Lo primero de todo: asegurar el pago de las últimas deudas. Quién sabe qué año era. Uno de los tantos, en un milenio ya olvidado de los muchos que el mundo ya había vivido.

Se despertó consciente de lo que debía hacer. Primero que nada, extendió el brazo izquierdo y flexionó los cuatro dedos que le quedaban, asíó el parche, y se lo ajustó sobre el ojo derecho. El brazo derecho tenía solo el pulgar y el índice, y esta cualidad alargó la tarea varios preciosos segundos.

Su esposa no se movió, y no por carecer con qué: nomás no le daba la voluntad, lo cual era entendible. Se tomó un segundo de más en mirar la silueta esbelta bajo las sábanas, el torso de avispa y la pierna y media haciendo un bulto irregular. Él pensó, por otro precioso momento, que la había forzado a dar demasiado, pero entonces recordó al doctor y se dijo que sus límites estaban dentro de lo que él consideraba razonable. Al menos, no era el doctor, nadie podía ser el doctor.

Se puso de pie, procurando usar las puntillas del pie izquierdo por la falta de talón. Su andar parecía siempre una media carrerilla. Así se fue a la cocina y miró sus brevísimas provisiones descansando como capullos de oruga dentro del refrigerador. Ya era costumbre ver que no había más de lo normal. Sus hijos seguían dormidos, mas no daba tiempo a darles el desayuno. A lo mejor unos cereales, pero hasta ahí. Una vez que les quiso hacer huevos fritos regresó a la casa sin tres uñas. Dejó nacer un beso al aire y se fue así nomás, en camiseta, pantalón y zapatos.

Como siempre, flotaba un hedor a nada. A desposesión. Aprendió a odiar esa vacua fetidez, a taparse las narinas con ignorancia. Marchó por la calle gris y desprovista de uso, acompañando a sus compatriotas en el despropósito.

Vio al carpintero limpiarse una herida fresca, lijando los trocitos de hueso saliente mientras retenía las lágrimas. El triste resultado de una amputación clandestina. Cobraban menos (a no ser que el proveedor del servicio fuera mañoso), o directamente nada si se trataba de las conocidas infusiones caseras: un cuchillo o alambre metálico a la lumbre, una ramita entre los dientes (de tenerlos), y de ahí todo recaía en la celeridad del usuario. Recordó la única vez que intentó realizarse una amputación dudosa con ayuda de un inescrupuloso conocido: le querían cobrar ambos lóbulos y la punta de la nariz. Nada más había ido a que le sacaran un incisivo.

Vio a la relojera, ya ciega, vistiendo sus cuencas con orgullo. Se las había rellenado con dos esferas tejidas de algodón, pagadas con los mismos ojos abandonados. Supuestamente, su inversión había proveído tres meses de comida y el parto seguro de su segundo hijo, tristemente fallecido por eutanasia al nacer

con fisura labiopalatina. Un tercio del intestino delgado de su marido pagó el entierro.

Vio a otros tantos desconocidos de profesión dudosa, unos con bastón y otros usando tapas de botes de basura para deslizarse por la áspera acera. Reptar alguna vez fue una práctica común, pero llevaba a malformaciones en los codos: mala inversión a largo plazo. Él siguió caminando sin saludar a nadie. Los momentos de humanidad llegaban a costar el tímpano o una siempre cambiante cantidad de mililitros de médula.

Para no cometer errores, primero asistió al banco. Vio que habían renovado el piso con losa roja, levemente resbalosa. No le importó y apuró al primer cajero. Tecleó el código alfanumérico que ya se sabía de memoria, y ahí salió. Cumplía con casi todo: horas trabajadas mínimas, vidas sanas y corporalmente aptas traídas al mundo, y cumplía con el mínimo de materia corporal donada al Estado. Sonrió: no le debía nada al sector público. Ahora venía lo peor.

Salió de la estancia y revisó su celular, de gama baja pero funcional, el equivalente de su preciado talón. Se metió a la aplicación que recopilaba a todos sus acreedores, y vio un número que no le satisfizo. Hizo cuentas rápidas: a todo se le podía sacar provecho. Le marcó al doctor.

—Diga —respondió el mencionado, la boca siempre ocupada o llena de algo.

—Habla el programador. ¿Se puede ahorita?

—Depende de para qué. —En el fondo, un crujir metálico.

—Ya es lo último.

—¿Y es para depósito o pago inmediato a alguna dependencia?

—Ambas, pero primero lo segundo. Ahí le anoto los datos de todo.

—Bueno. Venga, pues. —Colgó la llamada.

Ya el doctor sabía cómo estaba el asunto; todos los doctores sabían, pero este mejor que ninguno. La caminata a la clínica no tomó mucho, conocía bien el camino. Entró y vio que no había línea de espera. Mejor, así hasta quizá le sobraba para algunos años más. La secretaria, a la que le faltaba la mandíbula, le indicó que ya podía entrar con un ademán de la cabeza. Él obedeció.

El doctor ya tenía todo listo, herramientas de distintos brillos y filos todos puestos en una mesa que ya era casi comedor. Él estaba, como siempre, en su silla, dos cables saliéndole del pecho, uno del cuello, y tres del abdomen. La secretaria entró tras el programador, cerrando la puerta con excesivo ruido. Él la entendió: hacer todo a la carrera salía más barato.

—No seas mala, secre —pidió el doctor, torciendo el labio—. Me pica la clavícula. De favor.

La mujer dio tres pasos e hincó dos dedos (los únicos que aún tenían uñas) en el hombro del doctor. Procuró no tocarle los muñones: aún a meses de haber dado los brazos sufría dolores fantasma. El doctor gruñó del gusto, pero no se movió mucho. Si se caía de la silla, no tenía piernas propias que lo levantasen. Cuando le calmaron la comezón, miró al programador con una melancolía que ya le era costumbre.

—Entonces, ¿lo que habíamos platicado?

—Así es —contestó el programador.

—¿Vas a querer el desmenuzado completo?

—Ajá. Que no falte ni un tendón clasificado.

—Va a llevar rato.

—¿Cuánto va a ser por su tiempo?

—El sistema digestivo.

—No la chingue.

—Bueno, bueno, nomás porque lo conozco. El páncreas, el hígado, el bazo y el talón de Aquiles que le queda.

—El talón no.

—Bueno, ya qué. Súbase y déjele los datos de los depósitos a mi secretaria.

Así lo hizo el programador, sacando varias tarjetas amontonadas con una liga. Ella se las guardó en un bolsillo mientras él se recostaba en la mesa quirúrgica. Le hincaron una aguja y creyó desvanecerse, pero no se durmió. Eso salía más caro. Escuchó los huesos crujir y la carne rasgarse; sin embargo, no sintió nada en ningún lado de su ser.

El pago de cada una de sus partes corporales sirvió para cubrir las deudas inmuebles y poner comida en el refrigerador por dos meses enteros, suficiente para que los niños pasaran el duelo y se concentraran en buscar un trabajo lo antes posible: al niño mayor ya solo le quedaban tres dedos de la mano dominante.

Pasado ese tiempo, tocaron a la puerta de la viuda. Un hombre de cuerpo prístino con lentes oscuros le extendió una carpeta.

—Señora —habló con una voz casi artificial de lo sana que era—, uno de sus hijos ya pasa la mayoría de edad y no tenemos registro de su empleo.

—Cumplió los catorce apenas ayer —explicó la viuda—. No nos dio tiempo de encontrarle un pre-empleo.

—El conteo de su tiempo empezó desde la medianoche, señora. Ya eso equivale a una rótula o uno de los codos.

A la mujer se le ensombreció la cara solo un momento. Cuando habló, lo hizo con su acostumbrado abatimiento.

—Tengo un niño de cuatro años. ¿Como a cuánto equivale si es de él?

—Nos sirve con la mitad del dedo cordial.

—Bien —explicó la viuda, volteando a ver al mayor—. Me lo traes, porfa. Y trae su muñeco para que no llore tanto.

El muchacho desapareció entre los cortos pasillos de la casa, y el hombre de negro y la viuda compartieron una sonrisa de cooperación. Un momento después, en algún rincón no visto del hogar, se escuchó un llanto agudo. El hombre sonrió.

—Siempre lloran la primera vez.

—Eso me dicen —respondió la mujer—. La verdad es que no recuerdo.

Era mentira. Le faltaba el dedo índice izquierdo desde los ocho años. Un sacrificio de lo más común. No era una historia que valiera la pena contar.

Inti Hernández (2002), reside y estudia Literatura Latinoamericana en México. Ha sido publicado en el primer número de la revista *Testimonio de los tiempos*, en la web de la *Revista Alcantarilla*, y en la antología que reúne a los ganadores del primer *Concurso de Cuento Corto Sempere*, titulada *No nos cabe el cuerpo*. También ganó el *Concurso de Cuento Corto de la Universidad Marista* (2018).

— • —

ABRIR LAS JAULAS

ESTEBAN GOVEA

Esa noche, las bestias que moran en lo profundo se dieron un festín. Algunos corredores de bolsa, abogados, médicos, empresarios e incluso un par de *influencers* oníricos fueron capturados en una pesadilla interminable. Pero también lo fueron aquellos quienes concibieron y financiaron la unidad residencial Bosque Real. No obstante, es mejor que empiece, como suelo hacer, por el principio.

1

De vuelta del trabajo en la torre de inducción, Tomás y yo dimos un rodeo por el monte para recoger tunas. Cortamos suficientes para llenar dos costales pequeños, que atamos a los portabultos de nuestras bicicletas. Antes de reanudar el viaje, nos sentamos a descansar a la sombra para evitar el calor. Luego de comer unas tunas, el zumbido de los insectos, el resplandor rojizo del sol en fuga y el canto de las aves empezaron a adormilarme. A pesar de mis esfuerzos, cerré los ojos un minuto y me dejé hundir en el sueño.

De pronto, sentí la mano de Tomás en el hombro.

—Itzel, despierta.

Abrí los ojos con un sobresalto.

—La señal de la torre no llega a esta parte del monte —dijo—, no te duermas, no te vaya a pasar como a don Gil.

Me levanté, estiré los brazos y me enjuagué la cara con el agua de mi botella. Todos sabíamos la historia de don Gil, y su sola mención bastaba para espabilar a cualquiera. El pobre se quedó dormido cerca de ahí y fue presa de las pesadillas. Lo encontraron convaleciente, dando horribles manotazos, pero tan profundamente dormido que no fue posible despertarlo. Murió poco después en la clínica.

Montamos nuestras bicis y volvimos a la carretera, persiguiendo al sol. Diez minutos después, la oscuridad de la noche cayó sobre nosotros, pero por poco tiempo porque, bajando la loma, resplandecían las luces de Ciudad Barraca, como la llamábamos con resignación aquellos forzados a vivir allí tras el desalojo. Entramos por la calle de los bares, donde los trabajadores del turno diurno se empezaban a amontonar y las chicas de la noche se preparaban para dar inicio a su jornada; seguimos por la gasolinera y el minisúper/farmacia de 24 horas, fuera del cual yacían, tirados en la banqueta, los adictos habituales, en espera de que cualquier alma caritativa les diera unos pesos para comprar su dosis; aguantamos la respiración al pasar junto al vertedero, dimos vuelta en el primer camino y atravesamos varias hileras de vagones y contenedores reconvertidos en viviendas.

Nos detuvimos en la chabola de Tomás. Don Beto, su papá, y Paco, su hermano, no habían comido de tanto trabajar en el taller, así que se alegraron cuando nos vieron llegar con los

costales. Aunque me convidaron de sus tunas, me despedí. Me sentía triste y prefería evitar la compañía de los demás para no desanimarlos. Di un rodeo por el rumbo del yermo, donde sólo había silencio; rodar me ayudaba a no perderme en mis propios pensamientos, como si al darle vueltas y vueltas al pedal pudiera liberar a mi cabeza de hacer lo mismo con aquellas ideas que se negaban a desaparecer.

Llegué a casa media hora más tarde. Destrencé el alambre que hacía las veces de cerrojo y abrí la puerta. Apoyé la bici en la tablarroca que servía de pared y puse el costal sobre la mesa. Mi papá se había movido de su rincón habitual, hasta quedar justo debajo de los agujeros en la lámina que fungía como techo, y las gotas de lluvia de la noche anterior que caían en su frente producían un sonido acompasado y húmedo. Traté de moverlo, de despertarlo, pero fue inútil, y no porque lo hubieran atacado las pesadillas, sino porque ya se había subido al tren del sueño y despertaba sólo una o dos veces por semana, y sólo para comer, lavarse un poco y estirar las piernas.

Mi mamá estaba trabajando su segundo turno y no volvería hasta eso de las nueve. Gracias a las tunas, no tendría que preocuparme por la comida más tarde. Me acurruqué en mi catre y encendí mi inductor, que era el modelo más sencillo y tenía acceso sólo a los estratos básicos.

Desperté en una sala de mobiliario blanco sobre la cual había un labial con un diseño audaz y brillante. Lo tomé y me lo apliqué, las cortinas se abrieron y una multitud de gente hermosa me dio la bienvenida con aplausos y sonrisas destellantes. Conocía ese comercial y amaba esa sensación efímera, pero en tiempos de vigilia me avergonzaba. Yo no había

sido educada para codiciar la fama ni el lujo, y sentir aquello, estar en contacto con esa parte desagradable de mí, era una de las cosas que más odiaba de los sueños artificiales.

Enseguida me vi en una sala oscura frente a la cual colgaba una gigantesca pantalla que mostraba imágenes de barriles de combustible apilados, hombres y mujeres enmascarados que corrían al amparo de la noche hasta que, a una prudente distancia, una de ellos presionaba un interruptor y, poco después, la torre estallaba con un estruendo monstruoso. Una leyenda en rojo rezaba: reporte cualquier actividad terrorista en el vestíbulo.

Me hallaba en la terminal. Caminé hacia los portales y revisé las opciones de sueños gratuitos: vuelo, actriz famosa, corredora de ovoides voladores, guerrera. Estaba aburrida de lo mismo, así que visité uno de los estratos que Tomás frecuentaba: la estación espacial, un sitio con gravedad disminuida donde se reunían soñadores interesados en la ciencia ficción. A mí no me atraía en especial: las paredes metálicas me daban claustrofobia y las vistas de las estrellas y planetas a la distancia, vértigo.

Al salir de la cápsula de acoplamiento, salté hacia el corredor de abordaje y, al avanzar, evité chocar con los demás usuarios, sorteé las naves y sondas estacionadas en la bahía de aterrizaje y caminé por el ala de observación, donde enormes ventanales separaban el interior del falso vacío onírico poblado de estrellas lejanas y decorado con cometas y nebulosas. Llegué al hábitat, una enorme estancia con jardines, árboles y falsa luz solar. Subí las escaleras al nivel de balcones interiores y, en el rincón, encontré a Tomás. Un chico de lentes oscuros se acercó a él, y ambos se saludaron con una secuencia de apretones y

chasquidos. Luego, el chico le entregó un libro y se fue muy apurado. Tomás lo ocultó y, al verme, saludó como si nada.

—¿Soñarás algo especial hoy? —preguntó.

—Aún no me decido. No tengo muchas opciones, de todos modos. ¿Un amigo?

Reaccionó con sorpresa, pero la disimuló de inmediato.

—Más bien un cliente.

—¿Y ese saludo?

Imité, como pude, el saludo, pero Tomás me interrumpió poniendo su mano sobre la mía.

—Es un secreto —dijo, y cambió el semblante.

Entonces, un centinela apareció, caminando en medio del hábitat. Con la armadura corporal completamente negra y el arma en la funda del cinturón, intimidaba bastante, pero la reacción de Tomás fue de miedo. Enseguida, me miró con los ojos encendidos. Cuando se acercó el centinela, husmeando, buscando algo, fingí no verlo y comencé a platicar cualquier cosa con Tomás hasta que pasó de largo, pero por un momento estuve tan cerca que hubiera podido olerlo, sólo que no olía a nada, ni siquiera al material de aspecto plástico de su armadura. Luego de unos segundos, Tomás volvió a respirar con regularidad y nos alejamos de la escena. Cuando volvimos a la bahía de aterrizaje y nos perdimos en la muchedumbre, le dije:

—¿Qué significa el saludo?

—Que eres alguien de confianza.

—¿Y yo lo soy?

Asintió. Caminamos a uno de los hangares y nos perdimos entre cajas de suministros y barriles de combustible para naves; había allí unas pocas parejas absortas en sus propios pleitos y

arrumacos. Tomás se acercó, hasta que pude oler el cuero de su chamarra, y me mostró el saludo.

—Listo, ahora lo sabes. No lo divulgues —cruzó con el índice los labios.

2

Una noche, al llegar a casa, me encontré con que mi padre se había despertado, bebido toda el agua y vuelto a conectar al inductor. Tuve que salir a comprar agua, pero sólo me alcanzó para cinco litros. Bebí uno y dejé el resto. Antes de dormir, maldije a ese hombre reducido, inútil. Fue la última vez que despertó. Se había envenenado tanto que no podía soportar la vigilia, de ahí que cada vez pasara más tiempo conectado al inductor. Su cuerpo y su mente se pudrieron con el tiempo y, al final, tuvieron que internarlo en una dizque clínica, que más bien era un galpón donde tiraban en catres a todos los enfermos y los conectaban a inductores básicos, con acceso sólo a estratos limbo, poco menos que falsas extensiones pobladas de espectros anodinos.

Cuando volvimos de dejar a mi padre, mi mamá se veía tan exhausta y frustrada que sólo pude abrazarla un poco. Nos acurrucamos en un rincón y ambas lloramos sin decirnos nada. Las dos estábamos tan cansadas que dormitamos unos minutos. Comencé a soñar con árboles y un meandro que resplandecía bajo el sol, y pájaros que juntaban sus cantos en una melodía, todo un tapiz de música integrada en el paisaje natural, y soñé a mi padre, fuerte, alto, despierto. Mi madre tenía la ropa y, de pronto, gritó:

—Ponte el inductor, Itzel.

Desperté. Mi madre me miraba, preocupada de que los monstruos del Nexo me hubieran tragado a su eterna pesadilla.

Al día siguiente, mientras hacía el aseo del vestíbulo principal, vi a Tomás salir con su lonchera. Cinco minutos después,

durante mi descanso para comer, lo encontré en el patio. Almorzamos sentados en un tronco caído.

—Lamento lo de tu papá, Itzel —dijo.

Mis ojos son bestias acostumbradas a devorar sus propias lágrimas.

Levanté la vista hacia la antena que coronaba la torre de inducción.

—¿Crees que sea difícil hacer volar algo así? —pregunté, un poco para tantearlo y un poco porque lo repiten tanto en los avisos oníricos que una se lo empieza a preguntar.

—No sé, ni que fuera terrorista —dijo, a la defensiva—. ¿Por qué preguntas?

—Si la hicieran volar, nadie sufriría lo que mi padre.

—Si lo hicieran, seríamos presas de los monstruos de las pesadillas.

Yo sabía muy poco de todo aquello. El Nexo era un misterio para mí, lo mismo que esa roña salida de sus profundidades que infectaba los sueños de la gente hasta matarla. Pero sabía que don Gil había sido una de millones de víctimas.

—Estamos jodidos, entonces —dije.

Tomás me miró y apretó los labios en una mueca que no terminaba de ser una sonrisa.

—Hay otras maneras.

—¿A qué te refieres?

Tomás me miró fijamente, sus ojos humedecidos, pero sin lágrimas francas.

—OniriCo miente —susurró—, las torres, los sueños artificiales, nada de eso es necesario.

—¿Y por qué construirla? —pregunté señalando la torre.

—¿Crees que es casualidad que tus padres, que tenían tierras con agua, fueran desalojados?

—No había cobertura.

—Exacto. Pusieron la torre aquí por una razón.

—¿Para sacarnos?

Asintió.

Yo era muy pequeña cuando aquello había ocurrido, pero tenía recuerdos difusos. Había comenzado con vecinos contagiados por la epidemia de pesadillas y luego reclusos en zonas de cuarentena. Recuerdo a mis padres agitados, molestos. Tiempo después, hubo pasos apresurados, voces, machetes, armas de fuego. Los adultos del pueblo tenían un brillo extraño en los ojos y una tensión en la voz que no lograban ocultar a pesar de sus mentiras piadosas para calmarnos a nosotros, los niños. Recuerdo el rugido de motores y el paso lento de las excavadoras que arrancaron todas las casas en su camino. El resto fue agitación, sangre, llanto.

—¿Has vuelto?

—Sí, algunas veces.

—¿Qué hay allá?

—Deberías verlo.

—¿Mañana?

—Claro.

Me miró. Sus ojos cafés vibraban con el reflejo de las motas de luz que se colaban entre el follaje.

Al salir del trabajo, no dijimos mucho más, subimos a nuestras bicis y emprendimos cada uno nuestro camino.

La mañana siguiente, era nuestro día libre, y Tomás y yo nos reunimos en la salida del pueblo. Íbamos provistos de comida,

pero yo sólo había podido comprar dos litros de agua. Por fortuna, Tomás llevaba un galón. Revisamos nuestras bicis y emprendimos el viaje desde temprano.

Nuestro viejo pueblo estaba casi a cuarenta kilómetros de distancia, bastante más lejos que el lugar donde gustábamos recoger tunas. Ni pensar dormir en ese sitio, a pesar del calor sofocante. Lo mejor era hacer el camino de ida y vuelta el mismo día, lo que nos llevaría varias horas.

Me sorprendió, al llegar a la entrada del pueblo, ver que el puente era nuevo, y mucho más ancho que antes. Al atravesarlo, Tomás calló por completo.

Avanzamos hasta un camino de concreto que no existía antes, subimos por las colinas hasta escuchar el río. El aire empezó a sentirse más fresco, y mi corazón dio tumbos. Cuando llegamos a la orilla, me hiqué para lavarme la cara en el río.

Al alzar la cabeza, vi una hilera de casas enormes, lujosas, con piscinas y muelles a los que había atados botes deportivos de elegantes diseños que se bamboleaban con el suave caudal.

Miré a Tomás. Asintió, con una mezcla de empatía e indignación.

—Esas casas...

—Las construyeron hace poco.

Poco después, se me ocurrió:

—¿Cómo hacen para dormir aquí si no hay cobertura de la torre de inducción?

—Tienen dispositivos privados. Generadores de campo, les llaman. No necesitan la torre.

Sentí un torrente de rabia correr por mis venas y estallar en mi cabeza. Quería lanzarme al agua, nadar hasta esas casas y arrasar

con ellas como habían hecho con la mía, pero la impotencia que sentí fue tan inmensa que me detuve de un árbol y vomité detrás de unas rocas.

—Vamos, tengo que verlas de cerca.

—Hay un muro enorme de este lado, Itzel, no nos van a dejar pasar.

Caminamos hacia una sección del muro alto, macizo, erizado de alambre de navajas y monitoreado por cámaras, sobre el que, cada diez o veinte metros, podía leerse en letras cursivas: Unidad Bosque Real.

Volvimos a Ciudad Barraca en silencio, mis piernas pedaleaban por sí mismas mientras mi mente volaba muy lejos de nosotros.

Nos detuvimos en la chabola de Tomás para tomar un vaso de agua. Sobre la mesa del rincón había un rifle desarmado que don Beto estaba limpiando. Luego de saludarme, me dio el pésame por mi padre y dijo que esperaba que se recuperara pronto; Tomás le lanzó una mirada fulminante, y el señor se quedó callado.

Tomás me acompañó a la entrada y, al verme absorta en mis pensamientos, pasó su mano por mi pelo.

—Mi padre cree que sus palabras vacías pueden ayudarte porque no te conoce.

—No hay problema.

—No estaba seguro de si debía mostrarte lo que vimos hoy. ¿Estás bien?

—No, pero tenía que verlo. Gracias.

3

Durante las noches siguientes me refugié en sueños conocidos, reconfortantes. Evitaba pensar en lo que sentía, admitirlo siquiera. Pero cualquier arroyo o prado onírico me recordaba lo mucho que nos habían arrebatado a mi familia y a mí.

No recuerdo qué estaba soñando, pero sí que abandoné el estrato y volví a la terminal, decidida a buscar a Tomás. Primero revisé la estación espacial, luego un par de estratos más que sabía que frecuentaba, pero sin suerte. No sé por qué necesitaba hallarlo, supongo que quería respuestas.

Al día siguiente, durante el almuerzo, Tomás y yo salimos al patio.

—¿Soñaste algo interesante ayer? —pregunté.

Tomás dejó de comer y me miró.

—Ya sabes, lo normal.

—No te vi en ninguno de los estratos que frecuentas.

—Estaba ocupado con un asunto.

—Quiero ayudar.

—No te quieres meter en esto, créeme.

—Quiero recuperar nuestras tierras.

—Quizás, con buena fortuna, sean tus nietos quienes lo hagan.

—Habrá valido la pena, entonces.

Aquella noche fui por primera vez testigo de las capacidades de un soñador lúcido. Comprendí por qué Tomás prefería el estrato de la estación espacial. Me condujo hacia el balcón del hábitat y, de ahí, a la esclusa en uno de los corredores de servicio.

Al principio, me negué a salir porque no teníamos casco, pero Tomás sonrió.

—Tu cuerpo sigue respirando el aire, Itzel. No olvides eso. Necesitas mantener la lucidez en esta parte o se te olvidará todo al despertar.

Hice un esfuerzo para mantenerme atenta. Tomás se puso de cuclillas en la esclusa y se impulsó en un cierto ángulo hacia la antena de comunicaciones. Lo seguí y me sujeté en la antena. Tomás bajó (o subió) hacia la parte externa de la nave, sacó una moneda de su bolsillo y, al tocar con ella una placa del fuselaje, esta se volvió líquida, y él pudo hundir los dedos en ella y abrirla con las manos hasta dejar un agujero púrpura.

Enseguida, metió la cabeza y los hombros y atravesó completo. Lo seguí. Un instante después, estábamos en un edificio abandonado. Caminamos por un corredor y bajamos un piso hasta llegar a una sala de conferencias en la que había otras tres personas.

—Quiero que conozcas al equipo —dijo Tomás.

El equipo era reducido y recién integrado, pero estrecho. El chico del saludo secreto estaba ahí, y se hacía llamar Dagón porque, decía, gustaba de sumergirse en aguas profundas; también había una chica llamada Flora, a quien le gustaba tejer en sueños motivos florales y manipular las plantas; por último, estaba Rebis, señor(a) de las puertas, capaz de crear umbrales que conectan estratos oníricos entre sí, el responsable, por ejemplo, de que pudiésemos salir de la estación espacial y llegar a ese edificio abandonado.

A partir de entonces, al menos dos veces por semana nos reuníamos en diferentes estratos oníricos. Flora insistía en que

debíamos descubrir cuál era mi aptitud, pero todo era tan nuevo para mí que apenas si podía entenderlo.

Para empezar, no estaba acostumbrada a los sueños naturales. Tomás trucó mi inductor para que me permitiera acceder a mi propio estrato onírico y vivir, por primera vez, lo que significa soñar libremente. Descubrí en aquella variedad sueños agobiantes, como aquellos en los que debía hacer el aseo de la torre después de una fiesta o de un desastre que lo ensuciaba todo; pero también sueños entrañables, como aquellos recurrentes en los que visitaba las tierras de mi infancia y veía a mi padre trabajar en el huerto, y yo misma nadaba en un río limpio y fresco.

Supe que no éramos sino una célula entre miles, que todos juntos formábamos un cuerpo de onironautas, que el Nexo unía a todas las criaturas soñantes y que había desde antiguo seres humanos, y posiblemente no humanos, capaces de surcarlo.

Supe que los *mahres* eran bestias o demonios o vampiros o monstruos surgidos de sus profundidades, y que nada podía matarlos ni combatirlos ni detenerlos, porque tenían un dominio completo de los sueños ajenos, capaces de cambiar de forma y modificar aspectos y objetos oníricos con mayor facilidad que un onironauta entrenado.

Y supe, también, que OniriCo mantenía el monopolio de los inductores para vender un servicio innecesario, pero lucrativo.

Yo, que no había pisado la secundaria, me había enterado de todo aquello gracias a mis nuevos compañeros, amigos, hermanos.

Cuando descubrí mi aptitud onírica, Rebis me enseñó a crear y usar objetos llave y a abrir umbrales, pero, sobre todo, me enseñó a cerrarlos bien y a mantenerlos ocultos.

Una vez le pregunté sobre los *mahres*.

—Los he visto, y soy de los pocos que pueden jactarse de ello.

Contó cómo una vez, por error, había entrado a un estrato infectado, antes de que pudiera reconocerlos. El *mahre* lo había perseguido de un estrato a otro hasta que se hartó y volvió a su fuente de energía, o sea, el estrato infectado.

—Es mucho más nutritivo para ellos permanecer en un estrato que atacar a un onironauta que explora el Nexo. Por eso siempre están a la caza de nuevos estratos, y sólo pueden conseguirlos al atacar a soñadores no protegidos por las torres de inducción.

Le conté la historia de don Gil, que se había quedado dormido y no despertó más.

—Los *mahres* se mueven por el Nexo a una velocidad enorme. También pueden percibir los estratos desprotegidos, sobre todo ahora que, gracias a las torres de inducción, hay menos. Eso significa que los codician más. Los *mahres* que han parasitado a su anfitrión hasta la muerte siempre tienen una reserva enorme de energía a su disposición y pueden permitirse surcar el Nexo en busca de nuevas víctimas. Cuando las encuentran, procuran llegar antes que otros *mahres*.

Mientras tanto, Tomás —que tenía un pseudónimo, pero no lo menciono porque para mí siempre fue Tomás— se encargaba del Plan con mayúsculas.

Bajo su dirección, empezamos a reclutar a algunos trabajadores del fraccionamiento Bosque Real, construido

sobre nuestras tierras. Mapeamos el área y localizamos el generador de campo que mantenía dulces y a salvo los sueños de esa gente. Nos familiarizamos con los sistemas de seguridad, e incluso hallamos una manera sencilla de burlarlos, porque, en general, no había ningún ingeniero en el área, y el personal de seguridad, que debía encargarse del aseo del cuarto del generador, casi siempre delegaba esa tarea al de limpieza.

Su plan era jaquear el generador de campo para deshabilitar las defensas de los estratos oníricos de los soñadores, infiltrarnos y abrir umbrales desde los cuales espiarlos para obtener sus secretos o, incluso, chantajearlos.

Pero, aunque Tomás había sido capacitado como técnico para trabajar en la torre, desconocía el funcionamiento de los generadores de campo. Así que investigó, contactó con otras células, se reunió con un par de líderes de mayor influencia en el movimiento, quienes le preguntaron sus objetivos y métodos y, por fin, obtuvo los planos que necesitaba.

Los meses siguientes, se dedicó a construir un pequeño aditamento que, una vez conectado en el puerto de control del generador, imitaría las funciones del técnico administrador, entre las cuales estaba, por supuesto, desactivar la protección de los estratos.

Tras varias sesiones de discusión en los estratos más alejados y secretos a los que podíamos acceder, concluimos que lo menos arriesgado era hacer un solo golpe, enviar a uno de nuestros infiltrados para manipular el generador para concedernos acceso a los estratos personales de los habitantes de Bosque Real y hacer tantos umbrales como fuera posible en diez minutos, tras los cuales nuestro infiltrado recuperaría el dispositivo y saldría de

ahí. A partir de ese punto, nosotros podríamos comenzar la etapa dos, que consistía en espiar y recabar información.

Entre tanto, el dispositivo permanecería oculto hasta el día del golpe, una fecha que se postergó varias veces por causa de las complicaciones logísticas y técnicas que hallamos con el paso de las semanas.

Era un plan muy ambicioso. Es una lástima que lo descubriéramos demasiado tarde.

4

Los centinelas irrumpieron durante una reunión. Tomás atacó como si tuviera una oportunidad contra ellos. Dos bastaron para someterlo. Los otros dos nos persiguieron. Atravesaron con sus armas las enredaderas de Flora. Los objetos que Dagón manipulaba para atacarlos, el suelo que se volvía arena movediza, las lámparas que brotaban de las paredes para someterlos, eran todos inútiles.

—Corran —gritó Tomás, inmovilizado por los centinelas.

Intentamos despertar, pero habían asegurado aquel estrato. Rebus nos condujo a un umbral de emergencia, que primero atravesaron Flora y Dagón y que luego tratamos de cerrar entre Rebus y yo. Pero uno de los centinelas lo sujetó de los bordes y nos lo impidió.

Huimos por una tundra hacia una ciudad japonesa, y de ahí a una selva y luego a un barco pirata. Cuando empecé a pensar que huíamos sin rumbo, quedé sorprendida. Rebus nos condujo a un estrato donde había otros umbrales para desorientar. Abrió dos o tres y luego el bueno, el que todos cruzamos y que pudimos cerrar entre él y yo.

Al despertar, había clareado. Tomé mi bici y fui a la chabola de Tomás, pero al llegar vi que ya no había taller, ni chabola, sino un promontorio de escombros y láminas. El corazón me retumbó en el pecho. Algunos insectos y cantos de pájaros rompían el silencio de la mañana como si nada hubiera pasado. La confusión se volvió espanto cuando sentí la presencia de alguien y, por último, alivio al ver la cara de la señora Azucena,

vecina desde antes, cuya tierra estaba justo a espaldas de la nuestra. Cuando me abrazó, eché a llorar.

—Vinieron en la madrugada. Querían agarrarlos dormidos, pero yo creo que alguno de ellos estaba alerta. Se oyeron tiros, primero pocos, como de rifle. Luego una ráfaga tremenda. Se llevaron a los tres en bolsas negras. Por lo menos, no los agarraron vivos.

En sus ojos brillaba un dejo de complicidad. Insistió que entrara a su casa y me hizo de desayunar unos huevos, pero no tuve apetito y comí apenas unos bocados por pura cortesía.

Vagué todo ese día por el pueblo, el monte y los caminos. Pedalear era lo único que me quitaba la inquietud, porque en cuanto paraba en algún sitio me entraban la angustia y la taquicardia, y sólo se me iban si me subía a la bicicleta y pedaleaba hasta que mis piernas se entumecieran, hasta alcanzar tal velocidad que pudiera sentir el viento en la cara y el cabello y el aroma del aire fresco.

El taller de la familia de Tomás, se decía en el pueblo, era un nido de actividad clandestina. El papá y el hermano trucaban inductores para entrar a sueños más allá del dominio de OniriCo, donde se reunían los terroristas para planear sus golpes, decían unos. Otros aseguraban que toda la familia estaba en pie de lucha desde el despojo, durante el que Tomás y Paco perdieron a su madre.

—Al menos no se los llevaron vivos —repetían.

Empezó a llover a eso de las siete, y volví a mi casa. Esperé a mi mamá un par de horas, pero la lluvia arreció, y su repiqueteo contra la lámina empezó a arrullarme. Entonces advertí que se

estaba formando un charco en el rincón donde mi padre solía estar acostado. Me acosté y encendí mi inductor.

5

Pasaron semanas antes de que volviéramos a reunirnos, y eso sólo tras cuidadosos preparativos. Los centinelas no sabían quiénes éramos. No habían logrado sacarle esa información a Tomás. Rebis, Dagón y Flora querían seguir con el plan tal y como había sido concebido.

Pero yo no. Era tiempo de cambiarlo.

—Tomás fue un excelente líder, pero tenía demasiada imaginación, y eso lo cegaba a lo más evidente. No podemos seguir con los mismos métodos cuando nuestros enemigos atacan directamente.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Flora.

—Algo drástico.

Desde la muerte de Tomás, algunos de mis viejos vecinos, ahora habitantes de Ciudad Chabola, habían manifestado su apoyo. Todos sabían sobre Bosque Real y consideraban a Tomás y a su familia algo así como unos mártires. Los infiltrados que diario iban a Bosque Real se entusiasmaron con la idea de ser considerados héroes ellos mismos y, poco a poco, fuimos ganando seguidores y miembros activos.

Conseguí una recomendación para un trabajo de limpieza en Bosque Real. La primera vez que fui, al cruzar las puertas de entrada, el corazón me dio un tumbo. Me vieron tan insignificante en mi bicicleta oxidada que me dejaron pasar sin preguntarme nada. Era, solamente, la nueva empleada de limpieza.

Las casas, enormes, lujosas, tenían jardines de césped podado donde antes se erigían miles de árboles. Lagunas aquí y allá

aprovechaban el curso del río, que kilómetros más abajo se desviaba hacia una planta embotelladora que purificaba y vendía nuestra agua. La gente de ahí ni nos miraba, y jamás nos dirigía la palabra, excepto para pedirnos o reclamarnos algo. Eran altivos, de una hermosura maquinal y, sobre todo, despiadados. Gracias a lo que sabía, soporté las vejaciones de los niños del fraccionamiento, que desde muy temprano aprenden de sus padres a considerarnos sólo como animales de carga y blanco de burlas.

A base de sumisión y alguno que otro coqueteo, me gané la confianza del personal de seguridad. Una noche, mientras limpiaba, uno de ellos me invitó un vaso de café con alcohol.

—Estamos celebrando mi cumple —dijo, y luego puso el índice en sus labios—, es nuestro secreto.

Acepté el trago y bebí con ellos.

Poco después, empecé a llevar mi botella de agua y mi lonchera al trabajo. Al principio, me dijeron que no volviera a hacerlo y que fuera a la cafetería de empleados. Pero persistí y con el tiempo se resignaron, porque de vez en cuando llevaba algo de comer también para ellos.

Se acercaba la fecha del golpe, y mis compañeros insistieron en aplazarlo o, en su defecto, enviar a la otra chica de limpieza que habíamos reclutado a nuestra causa. Pero tenía que ser yo. Se lo debía a Tomás, a mi padre, a todos los desplazados.

Desenterré el dispositivo y lo metí en una bolsa, luego puse esa bolsa en un recipiente hermético, eché arroz encima hasta taparla y metí el recipiente en mi lonchera, llené mi botella de tequila y fui a trabajar el turno nocturno.

En la caseta, uno de los guardias señaló mi lonchera.

—¿Qué llevas ahí?

—Arrocito.

—¿Nada más?

Asentí.

—Se me hace que te vamos a tener que revisar.

Fingí una carcajada.

—No es necesario. Me acordé. Feliz cumpleaños, Pepe.

Le di la botella. Tras olerla, sonrió.

—Compas —dijo a los otros guardias—, ya se armó.

Los demás festejaron, pero callaron de pronto cuando sonó el radio y Pepe, el capitán, tuvo que responder.

Los dejé y comencé mi rutina.

Esperé hasta que comenzaran a beber y aproveché la oportunidad para tomar la tarjeta de Pepe y abrir el cuarto del generador. Saqué de la lonchera el dispositivo, me acerqué al puerto de control y lo introduje. Se encendió una pantalla holográfica que manipulé como había practicado tantas veces en escenarios oníricos que Flora y Dagón tejían para mí.

Desactivar los escudos fue bastante sencillo y, gracias al dispositivo, no se activaría ninguna alerta.

Mientras cerraba la puerta, uno de los guardias dobló la esquina y me vio.

—¿Hoy toca limpieza?

Me asustó tanto que apenas pude responder. Imaginé, en un segundo, que el golpe fracasaba y me arrestaban a mí y al resto de mi equipo. *Por lo menos no se los llevaron vivos*, recordé.

Asentí, como una estúpida.

—Pepe me dio la tarjeta.

El guardia asintió y siguió su camino hacia el baño.

Dejé la tarjeta en su lugar.

Mientras seguía mi jornada de trabajo y los guardias bebían y celebraban, los residentes de Bosque Real dormían, reconfortados y divertidos por sus sueños artificiales. Pronto, sus estratos oníricos personales, aquellos a los que tendrían que volver al final de su sesión onírica, serían infectados por una legión de mahres, los invasores de nuestras tierras ya no despertarían, y las bestias de la noche cósmica se darían un festín.

Esteban Govea (Celaya, Guanajuato, 1988) es narrador, poeta, guionista y doctor en filosofía por la UNAM. En 2010 y 2020 obtuvo menciones en los concursos 41 y 51 de la *Revista Punto de Partida*. De 2010 a 2011 estudió guion de cine en el CCC. En 2011 obtuvo la beca de guion de largometraje del IMCINE por la cinta *Réquiem por miss Sonora*. Fue incluido en *El lejano Oriente en la poesía mexicana*, antología compilada por Elsa Cross. Es autor de los libros: *Los Onironautas* y *La poética robot y otros cuentos*. Dirige el sello independiente Editorial Grifo.

— • —

PUERTAS AL PARAÍSO

ARLETT RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

—Su atención, su atención —anuncia una voz melosa y despreocupada.

Cuando termina, dejo escapar el aire. No, no es mi vuelo. No es la hora. Enciendo los audífonos, un modelo caduco y estropeado que emite, en el fondo, un leve zumbido estático, y me hundo en el asiento. La mezcla de voces y el revoloteo de bichos eléctricos me llenan la cabeza: escucho el eco de los que se quedaron.

Al cabo de un rato el edificio se estremece y los altavoces emiten un aullido desagradable: el primer vuelo acaba de arribar.

Un murmullo recorre la sala de espera. Los pasajeros, algunos de ellos, los que han reconocido a este como su vuelo, como su salvación, se ponen de pie, recogen sus pertenencias y esperan. Parecen niños extraviados. Y, como unos, intercambian significativas miradas. ¿Ahora qué?, dicen estas. ¿Hacia dónde vamos? Uno de ellos, un hombre de carnes flácidas y cabeza calva, se lleva las manos a las sienes y parece a punto de gritar pero, antes de que pueda emitir cualquier sonido, la voz vuelve y, con un tono que hace pensar en alguien que se lima las uñas, dice:

—La nave esperará solo treinta minutos en pista mientras las autoridades revisan los documentos. Todos los pasajeros asignados al vuelo IBss1 deben dirigirse a la puerta de embarque A. Asegúrense de tener preparados el pasaporte, el boleto y la tarjeta de sanidad. —Hace una pausa—. Repetimos, puerta de embarque A, documentos en mano y mantengan el orden. El tiempo comienza a correr desde ahora.

Se produce un estremecimiento general. Los pasajeros aferran sus mochilas y marchan en fila hacia donde les han indicado.

Cuando desaparecen tras una pared, rumbo a la puerta de embarque, bajo la vista y me dedico a estudiar el piso. Está manchado, repleto de huellas pegajosas, como si le hubieran rociado petróleo y, aquí y allá, aparecen negros agujeros. Encuentro un charco, no de agua sino de un líquido negro y espeso, y sigo el rastro que ha dejado sobre la pintura, en busca de la gotera que le ha dado origen. Sorteando abultados chichones, zonas desconchadas y bosques de moho hasta encontrar, en el lugar donde la pared se une al techo, un agujero enorme que deja a la vista la oxidada osamenta del edificio. Este lugar es un asco. ¿Será así el aeropuerto de allá? ¿Tan carente, apagado?

No logro imaginarlo. Es un lugar distinto, de eso no me caben dudas. Un lugar donde las luces brillan con más intensidad, un lugar de olores nuevos. De seguro huele a vivo. Al menos, eso dicen. Vuelvo a reproducir las voces grabadas: «Hay de todo, hija. De todo». «Esta es la mejor decisión». «Hazlo por nosotros». «Márchate». «No nos olvides». «Vive por nosotros». Aprieto los labios e intento darle forma a aquellas palabras. «Hay de todo». Alzar paredes, colorearlas y adornarlas es más difícil de lo que creía. Los muros que

logré imaginar se derrumban al abrir los ojos. Como faltos de consistencia. Qué más da. Si todo sale bien podré verlos hoy, comprobar cuánto de lo que dicen es y no es realidad.

Aprieto con fuerza mis documentos: el pasaporte, el pasaje y la tarjeta de sanidad. Solo Dios, un Dios que hace décadas no da señales de vida pero al que algunos se aferran, sabe lo que me ha costado obtenerlos. El solo recuerdo de las carreras, el peloteo y la ansiedad me produce náuseas. Fueron semanas difíciles, momentos que no vale la pena recordar así como no vale la pena recordar mi vida anterior. Me masajeo las sienes con suavidad. Detrás no dejo nada, repito una y otra vez. Ningún arrepentimiento que me persiga hasta el fin de mis días. Ningún ser querido o amigos o promesas. Tenía, claro, pero los olvidé. Fue lo mejor. De todas formas, iban a morir. Incluso antes que yo. Por eso me fui. Además, ella me obligó. Puso en mis manos lo que había recaudado en vida —cientos de tarjetas de crédito digital, muchas de ellas robadas con caricias y halagos— y comenzó a hablar. Su voz es la que más reverbera en mis oídos. «Hay de todo». Después, contraria a lo que otro dice, al fondo y casi en susurros eléctricos: «Olvidanos». Y eso hice en cuanto conseguí lo necesario. Olvidé sus nombres, sus caras, sus dolencias. Tan solo me llevé sus voces.

La grabación termina y, antes de que comience a reproducirse, la detengo. Las manos me tiemblan.

No hay nada que me sujete a este lugar, pienso. Las deudas fueron pagadas en su mayoría y los contratos que me unían de por vida a los arrabales, al circo y su decadencia, abolidos. Estoy limpia. Y merezco, más que nadie, marcharme de aquí.

Miro hacia afuera, a través del ventanal, para despejar esta sensación tan opresiva. No se ve nada. La neblina, cual gasa, recubre la pista y se extiende hasta el infinito. Invariable. Es una de las causas por las que me marchó. A fin de cuentas, un mundo velado no es mundo. Pero lo que acabó por convencerme fue la cuarta micro-explosión nuclear. No la esperábamos. Los parámetros estaban en verdes. O eso decían las instituciones. Como también decían que la tercera sería la última. Que las termonucleares estaban controladas, que los sistemas funcionaban. De ahora en adelante, dijeron, la situación se estabilizará. Se llenaron la boca de mentiras. Como un hábito no superado. Entonces sucedió. El cielo iluminado, la onda expansiva que derrumbó cientos de edificios, sobre todo los menos preparados. El calor. El encierro. Después de aquello no podía quedarme. Solo las ratas abandonan el barco cuando se hunde, era mi máxima. Vi a tantas ratas salir corriendo. Las repudié. El barco se hundía bajo la contaminación, las enfermedades y el desastre, y yo pensé que aguantaría también mi peso. Idiota.

Los altavoces emiten un quejido. La vocecilla comienza su canturreo una vez más y otro grupúsculo se pone en pie. Marcha hasta la puerta que los sacará de aquí. Otro vuelo que no es el mío estremece los muros del que fuera, hace mucho, mucho tiempo, el mayor aeropuerto del país. Falta poco. Solo tres vuelos pueden descender por día. Es un suplicio, un verdadero suplicio. Pero soy afortunada. Estoy aquí, ¿no? En tanto que otros...

Pienso en esas personas, familias enteras, que duermen frente al edificio. O en sus alrededores. Miserables que no han

podido juntar lo suficiente y que, acostados sobre periódicos amarillentos y trapos remendados, esperan un milagro. Que las puertas se abran, sin costos ni permisos de sanidad, quizá; que los dueños de los aviones se personifiquen ante ellos y con pantomimas ensayadas, les indiquen que son bienvenidos en el más allá, quizás; que el mundo, el único mundo que conocen, cambie por arte de magia y huir deje de ser una opción, quizás. O que el edificio se derrumbe de una vez por todas y acabe con ellos.

Me arranco los audífonos. Observo por un momento su forma redondeada, oclusiva, como un par de caracoles de jardín. Adiós, les digo, y los dejo caer en el suelo. Luego, les planto un pie encima. Si pudiera arrancaría también mi ropa. Sueño con atravesar las puertas —que deben ser de plata, como las puertas del Cielo—, sin nada que me recuerde a este lugar. A la Cúpula. Será como renacer. Como esa segunda vida que prometen algunas religiones. Por eso no llevo nada.

Nada, excepto mis papeles.

Levanto el pasaporte, un cartón endeble con espacio para un solo cuño y mis datos personales. Escueto resumen de una vida que no es mi vida. Repaso el nombre que debe ser, a partir de ahora, mi nombre y el número que, a sus ojos, me diferencia del resto de los humanos. Esto es lo único que no han podido falsear.

«Es tan personal, tan intrincado, que nadie se atreve a reinventarlo. De hacerlo, te descubrirán de inmediato, bonita», dijo el encargado de mis papeles mientras me miraba de arriba abajo. «Y más con un código como el tuyo».

No estoy segura de a qué se refería con estas palabras como tampoco logré descifrar el significado del largo silbido que las precedió, solo sé que todo está en regla y que, llegado el momento, podré partir. «Lo más importante es, al fin y al cabo, la tarjeta de sanidad. Y la tuya está en regla», siguió diciendo mientras agitaba la tarjeta en el aire. «Además, luces bastante sana, toda una muñequita, como me gustan. Sin malformaciones ni cosas de más».

Los ojos me escuecen. ¿Han vuelto los deseos de llorar? ¿Por qué? ¿Por quién? Debería alegrarme. Son pocos los que logran salir de la Cúpula. Otros ni siquiera sueñan con salir. Se arrastran por las calles, envueltos en sus trajes —muchos de fabricación casera, basados en aquel primer prototipo que llegó en una nave de ayuda—, y juegan a vivir. O, más bien, a malvivir. Yo no esperaré más por una explosión que nos suma en las tinieblas, otra vez. O por el desarrollo de otro de esos virus mortales, que tan bien proliferan bajo el calor de la Cúpula. No. Estoy harta y quiero ser libre. Les prometí que iba a vivir, por mí, por ellos.

Me dejo caer hacia atrás, mientras que, con la punta del índice, recorro la cicatriz que me ha dejado la máscara. Tiene una forma imprecisa, como un triángulo de puntas redondeadas que sube por el puente de la nariz y rodea la boca. La consecuencia de vivir anclada a un tanque de oxígeno. De depender de él. Aquí, dentro del aeropuerto, no la necesito. Los filtros procesan el oxígeno, que llega desde un tanque exterior, y lo recirculan manteniendo el ambiente habitable. Tomo una bocanada de aire. El oxígeno entra con violencia por mi nariz. Toso con disimulo, para que los dos hombres —mis

compañeros de viaje, intuyo— que charlan en una de las mesas, no escuchan. El oxígeno industrial, como el que respiraba con mi máscara, dista mucho de ser puro. Es más, tiene un regusto medicamentoso, artificial. Llevo tantos años viviendo de él y no me acostumbro. Al mismo tiempo, no recuerdo cómo era el aire real. El que venía de las plantas. Exprimo mi memoria en busca de ese recuerdo. No lo encuentro. Mi mente está hecha una maraña. Lo único que encuentro, lo único real, son mis deseos. Deseo respirar aire puro otra vez, como el que dicen, hay de sobra allá. Volver a sentir las lágrimas salir de mis ojos. Recuperar algo de humanidad. Levanto las manos, flexiono los dedos. ¿Qué pensarán cuando me vean? De seguro me tienen asco. Tantos años de exposición forzada, de plagas y calamidades, han impreso en mí —así como en todos— su huella. Mutantes, nos llaman. Y no les faltan razones. Estas carnes chupadas, amarillentas, la imposibilidad de secretar ningún fluido. A algunos les salen cola o nacen con miembros de menos. Recuerdo haber conocido a una persona con dos cabezas, una de ellas muerta y colgante, como un tumor demasiado grande. Ese día me pidió ayuda, créditos. Quería que la ayudara a escapar. Pero yo era demasiado pequeña, y tuve miedo. La delaté. Al otro día ambas cabezas estaban clavadas en barras de hierro. Los ojos vuelven a escocerme, esta vez con dolor. Aprieto las manos.

Las uñas se me clavan en la palma y me hacen sangre. ¿Por qué demora tanto ese avión? ¿Por qué esta espera? ¿Esta tortura? Giro la cabeza en dirección a mis acompañantes. Ya no conversan. En el centro de la mesa ha aparecido, como por arte de magia —¡qué maravilla!—, una botella de agua.

Ellos apenas la miran. Comparten el preciado líquido. Lo toman a sorbos cortos, uno primero y otro después, como si le tuvieran miedo. Pero sus miradas están ausentes. Perdidas en sus propios planes, de seguro. Uno de ellos estira el brazo, toma un poco de agua. Unas gotas le resbalan por el mentón. Estoy a punto de levantarme, de pedirles que me dejen lamer esas gotas —como una mendiga—, cuando los altavoces comienzan a emitir quejidos. Doy un salto y miro por el ventanal. Unas luces blancas y rojas rasgan la cortina de niebla. Se acerca. El corazón se me detiene. Ellos, los hombres, se levantan. Caminan hacia la puerta. Los sigo. Una de las aeromozas, modelo 5000, espera. Lleva un cuño electrónico en la mano. Su cuerpo de metal y plásticos asemeja a la perfección a una belleza tropical, como eran todas antes de la Cúpula. Sus labios de silicona se estiran cuando el intento de fila se forma.

«Su atención, su atención», canturrea. Siento todos los pelos del cuerpo ponérseme de puntas. Al fin me marchó. Al fin al mundo, al lugar que llaman mejor. «Su atención, su atención».

La mole de metal corre por la pista. Gracias a las luces y la cercanía, logro verlo. También los veo a ellos. Cuerpos macilentos que corren en pos del avión. Están desnudos, y sus carnes, quemadas. Uno de ellos se le acerca desde el frente. Parece saltar, con los brazos estirados, como si quisiera abrazar a la bestia, pero tropieza. Cae de bruces, bajo las ruedas. Otro que se ha liberado. Cuatro surcos negros se dibujan tras el avión, que parece sonreír. La aeromoza también sonrío.

Puedo jurar que sus ojillos están clavados en la pista, en la sangre. Las IA desprecian a todos los humanos, pero, en especial, a los Z+. Los que corren abajo. El avión atraviesa la

barrera anti-plaga, el campo de fuerza se cierra y el grupo de Z+ se estrella contra él, como pájaros contra un cristal. Unos los arañan. Otros se dan la vuelta. Vuelven a sus agujeros. Me mordisqueo el labio. Ese es el final que espera a quien se quede bajo la Cúpula.

Permanece en mí el gesto nervioso. La boca me sabe a hierro, aunque no llego a sentir dolor. La aeromoza se voltea, despacio. Parece enfocarme. Me detengo, la boca semiabierta. Aparto la vista, no deseo mirarla, y dejo discurrir mis pensamientos en algo más agradable. Tantas leyendas corren sobre IA capaces de leer la mente. No me debo arriesgar. No debe —ella ni ninguna de esas abominaciones— sospechar de mis miedos. Ni siquiera de mis anhelos. Una señal aparece sobre el marco, con puertas de cristal, que lleva al puente de abordaje. El primero de los hombres, el que ha guardado la botella de agua, se adelanta. Huele a pudiente barato. Extiende su pasaporte. La IA le sonríe. Los ojos de plástico y acetato giran, como los de una muñeca, y del interior de sus cuencas vacías sale un rayo que escanea el papel. Aceptado, se dibuja en letras rojas. Ella levanta su cuño y lo plasma sobre el pasaporte. «Que tenga buen viaje, usted ha sido aceptado», dice aquel gesto. Él avanza.

La mole de metal está detenida, aguardando. Sucede lo mismo con el otro hombre, que casi corre por el puente. Tomo aire y avanzo. Es mi turno. La IA curva sus labios de silicona, con malicia, al verme. ¿O es idea mía? Le entrego los papeles. Desde atrás, con miedo y desesperación, me gritan que avance, que estoy entorpeciendo la fila, que ellos se mueren por abordar. El escáner sube con lentitud. Le rezo a uno de esos antiguos santos, la vista fija en el pasaporte. Nada. El cartón sigue siendo

un cartón. Sin palabras en rojo que anuncien —Aceptado— que soy bienvenida en el paraíso. La muñeca voltea hacia mí. Sin dejar de enfrentarme mueve uno de sus ojos. Enfoca los documentos. Entonces la cartulina se prende fuego, arde en las manos de plástico, sin dañar la manicura roja y perfecta de la muñeca. Las puertas de metal —metal tan pulido que parece plata— se sellan. La voz melosa vuelve.

—Su salida ha sido denegada.

Arlett Rodríguez Rodríguez (La Habana, 1998).

Licenciada en Logofonoaudiología. Obtuvo un premio en el concurso Oscar Hurtado en la categoría de Ciencia Ficción. Han aparecido cuentos suyos en revistas como Korad y Umbral.

— • —

IMPOSTORES

IRENE LIBERTY

Tenía la certeza de que estaba rodeado de impostores. ¿Por qué? No era capaz de explicarlo. Me quedaba entre una frase y otra, entre el sentido y la intuición; pero estaba seguro de ello. Ese día, me dirigía al trabajo mientras reconstruía una y otra vez cinco sílabas en mi cabeza: “Tran-qui-lí-za-te”.

La pesadez de la atmósfera me hacía presa fácil de la duda, y por más que quisiera rechazar mis ideas obsesivas, me sentía completamente aterrado. En la calle, nadie parecía siquiera voltearme a ver, pero yo a ellos sí. Observaba cómo se paseaban con una naturalidad inquietante, como maniqués de cuero, y yo no iba a entrar en su juego. Pensaba: “Aquellos hombres de ahí, no son sólo unos oficinistas. Y esas muchachas de allá, están escondiendo algo”. Sí, unos impostores, lo sentía en todos los poros de mi piel.

Algo en su aspecto no era humano, aunque no podía determinar si era su cara, que parecía estar hinchada, su mirada, consumida por el hambre, o el atontamiento con el que flotaban por la banqueta. A falta de pruebas, me aproximé a algunos y los examiné de arriba abajo. Un grupo de jóvenes, un poco aturdidos por mi comportamiento, se alejaron hasta

el otro extremo de la banqueta. Pero otros, sin apenas notar mi presencia, siguieron su marcha a un paso casi mecánico.

Al inclinarme hacia una chica de alrededor de doce años, de esas que tienen labios de costra y que parecen huérfanas, pude descubrir de qué se trataba. Alrededor de su iris había un profundo aro negro que endurecía su mirada. ¿Me estaba volviendo loco?

Aquella pregunta se tejió en mi mente como una raíz carnosa y experimenté la necesidad de ver mi propio reflejo para comprobar si estaba equivocado. Corrí hacia un auto y me asomé en el espejo retrovisor. No tenía nada similar. Definitivamente había algo extraño, y tenía que tomar una decisión al respecto.

Me olvidé de mi trabajo y me di vuelta en la calle Claveles para encaminarme hacia el parque. Si no era yo quien estaba trastornado, y no era el aire de la ciudad, cargado de tensión, ¡eran ellos! ¡Unos intrusos!

La fórmula para entender a los animales está en su conducta, así que me senté en una banqueta que estaba a una distancia razonable de la pista del parque. Aunque estaba protegido por la sombra de una cortina de árboles, hacía mucho calor. Encendí un cigarrillo y, mientras le di las primeras caladas, recuperé el aliento para presenciar lo que pasaba a mi alrededor.

Esa vez sí fue fácil notarlo. Además de aquel aro negro en sus ojos, había otras partes de su cuerpo que los delataban. Esos disfraces de humanos sudaban y sudaban, y algunos de ellos miraban con incomodidad hacia los lados y avanzaban más aprisa, presas de su propio secreto.

Una mujer se detuvo a unos pasos de mí para responder una llamada telefónica. Yo me empequeñecí en mi asiento y procuré hacer los menos movimientos posibles. Ella jugaba con una piedrita a sus pies y se clavaba el celular contra la mejilla. Escuché un sonido brotar de su boca, que luego se convirtió en un ataque de risa. Una risa loca, desmesurada.

De manera involuntaria, la miré a los ojos y me rasqué la barba. Ella me imitó y se rascó la cabeza. Debí contagiarle una especie de irritación muy intensa porque, con dedos temblorosos, se revolvió el cabello y continuó rascándose. Después de unos minutos, me pareció excesivo, y comencé a sentirme ansioso. Entonces lo vi. Fue rapidísimo, casi como una alucinación fugaz.

Una larva de cuerpo alargado se había deslizado por detrás de su nuca. ¡Qué enfermo! Recogí la colilla de mi cigarro y huí en la dirección opuesta, pero aquel impulso de inmediato se quebró por un nuevo descubrimiento. A mis costados ya había otros impostores desenmascarándose. Como soldados alienígenas, uno a uno se fue extrayendo de la cabeza pupas blancuzcas que les brotaban como granos gigantes. Histérico, salí corriendo con los brazos al aire. El propio estampido de mi pulso nublaba mis pensamientos. ¡Estaba rodeado!

En una esquina, vi cómo una niña se abría el cuero cabelludo con sus propias uñas. Una caspa rojiza, ¡sangre!, se escurría por su rostro y las gotas provocaban que los insectos doblaran su cuerpo hacia los lados. Me sentí desesperado.

Todo parecía ocurrir a una velocidad espantosa, pero mi corazón se había paralizado, y ya ni siquiera sabía si seguía corriendo o no. Perturbado por el miedo, me limitaba a

ver cómo las larvas masticaban el cabello de la pequeña. “¡Maldición!”, chillé, y todos en la calle me voltearon a ver. Era mi final, de verdad estaba atrapado.

Los impostores se deshicieron de su muda de piel y descubrieron un laberinto de tejidos perforados con larvas que se asomaban por cada uno de los orificios. Movían sus patas como látigos, se lanzaban al suelo y dejaban rastros de una secreción nauseabunda detrás. Aquellas personas no eran cuerpos sin alma, ¡sino con muchas de ellas! ¡Las larvas los invadían para convertirlos en su propio nido!

Una risa diabólica estalló a mi alrededor mientras los impostores me acorralaban, estaban...

—¡Samuel! ¡Qué es lo que te pasa!

Respondí un poco aturdido en lo que me incorporaba en el sillón. Hacía un calor agobiante y el respaldo estaba bañado en sudor. Ella se pasó el antebrazo por la frente y soltó un suspiro.

—¿Cuántas pastillas te tomaste? Sabes que no debes aumentar la dosis.

—Discúlpame, creo que estoy algo confundido...

—Recuerda que es una a las nueve de la mañana y otra a las nueve de la noche.

Mientras la veía recoger el frasco y las pastillas del suelo, mi respiración se fue calmando. Me serví agua en un vaso y me recosté en el sillón.

—Ven acá.

Mónica se apoyó en mi pecho y cerró los ojos. Le acaricié el cuello, las orejas y después el cabello. Ella me apartó la mano con violencia y se rascó la cabeza.

Irene Liberty (Ciudad de México, 8 de febrero), escritora de terror y de fantasía. Sus relatos han sido publicados en editoriales internacionales como Alas de Cuervo y Palabra Herida. Publicó en Una sombra que me acecha (2023), Laberintos de la mente (2023), Oraciones rotas (2024), entre otras colecciones de cuentos. Su cuento “Picaporte de plata” resultó ganador en el Fóbica Fest de 2024. Es editora en el área infantil y juvenil de la Editorial Trillas.

— • —

SURCOS

EUGENIO BARRAGÁN

Cuando el hombre arrellenado en el sillón se acuerda de encender el puro, el humo asciende al techo o se mueve perezosamente entre los muebles amontonados en el comedor, por el descuido de los años. La caja de música repite la monótona cantinela sin cesar, mas no le hace caso, con el pensamiento distraído por el pasado.

Atardece.

La penumbra se abalanza sobre el ambiente de la habitación. El sopor le invade; cabecea, abre los párpados con aire distraído. Apura con fuerza la colilla y la apaga en el repleto cenicero. Se levanta y camina por la casa con las luces apagadas. Tararea la melodía que ha escuchado toda la tarde. Tose con fuerza antes de entrar en la alcoba y piensa que mañana será un buen día para dejar de fumar.

El hombre, con pijama estampado de manchas, se sienta sobre el borde del colchón. Agarra el marco de la mesita, frota una parte de la superficie con la manga y aparta el polvo de la fotografía.

Suspira.

Tienta sobre la superficie, no encuentra las gafas. Tintinea con desespero y se muerde la punta de la lengua para recobrar la memoria que nunca le obedece y que sabe que está allí, pero que nunca se revela cuando más la necesita. Frunce las cejas y aprieta los párpados para aguzar su vista de miope. Las arrugas de expresión se marcan profundamente. La pupila de sus pequeños ojos se fuga al otro lado de la cama durante un momento, hasta que regresa a la pared vacía de la alcoba.

Con la ventana abierta, la brisa se cuela porque descuidó cerrar la persiana o correr la cortina, aunque tampoco le importa, pues sigue respirando de todo, menos aire puro. No importa. La memoria se muestra inoportuna, como casi siempre. Recuerda que tiene las gafas en el cajón, en el interior de la funda, para que no se rayen los cristales. La luz parpadea, se fuga después del traicionero aviso con un zumbido. La oscuridad le envuelve pesadamente, pero no le apetece encender la vela y menos cuando el apagón dura un instante, como su duda.

Apaga la lámpara de la mesita, se tumba, se arroja con la colcha. El cuerpo sobre la cama de matrimonio es espiado por unos ojos en la penumbra que esperan, como cada noche, a que la solitaria figura de mirada triste se duerma. Emergen más puntos: tras las patas de la cómoda, tras el espejo ovalado, de la rendija del armario que permanece abierto desde hace meses, por indiferencia, por dejadez, por múltiples cosas y porque ella ya no ocupa su sitio en la cama.

La habitación es un cielo oscuro moteado por luces. Un murmullo ahogado se percibe entre las sombras. Los esbirros de la oscuridad esperan el momento oportuno. Un ronquido

resuena como un trueno y desgarrar el silencio que reinaba en la casa. Después de escuchar la señal que les impulsa a actuar, los puntos luminosos prenden unas antorchas. Los minúsculos seres, vestidos con colores desvaídos, se lanzan con catapultas sobre la colcha y se amontonan sobre la superficie deshilachada. A través de una polea izan unas potentes y aparatosas máquinas que ruedan sobre la faz del hombre y marcan unos profundos surcos. Atraídos por el resplandor, surge otra oleada de seres de detrás del jarrón; del cenicero; del dosel que se infla como una vela por el impulso de la brisa; de la palmatoria, de la que cuelga una telaraña enganchada a la pared; del marco con la fotografía que amontona polvo en el recuerdo.

La noche pasa veloz; los minutos, uno detrás de otro, lentamente. Los sigilosos seres, afanados entre andamios, tejen un invisible entramado que estira con fuerza de la comisura de los labios. Las luces del amanecer se esfuerzan por emerger desde el horizonte contaminado. Apartan las nubes a fogonazos.

Los seres se retiran en oleadas para refugiarse, poco a poco, en recónditos escondrijos. La magia de la noche no puede enmascararlos por más tiempo entre los huecos de los segundos.

El despertador resuena, repiquetea, brama incansablemente. Una mano tienta a diestro y siniestro hasta que logra acallar el canto del amanecer. El hombre se tapa la cabeza con la colcha, refunfuña, rezonga; tiene más tiempo del que necesita, pero no lo puede malgastar, lo sabe; sin embargo, le da igual, porque lo considera perdido, vacío, como el cajón que contiene las gafas que se ajusta sobre la nariz. Con el sueño atrapado entre los párpados, se sienta sobre el colchón con las sábanas arrugadas.

Tose. Nota la garganta irritada. Sus labios tiemblan y se pasa las manos por la cara.

Los rayos de sol se cuelan a borbotones por la ventana, calientan su piel hasta que cierra la persiana, extiende la colcha, entorna la puerta. No sabe qué desayunará. No recuerda si ayer fue al supermercado o le tocará ir hoy. Ni siquiera dónde dejó las zapatillas. Ya las encontrará cuando no las necesite.

La huella de los pies desnudos sobre la suciedad del suelo vuelve a marcar el camino hasta el cuarto de baño. La llave del grifo chirría por el óxido. El agua caliente brota a trompicones. Apoya los brazos sobre el lavabo. Rota la cabeza para relajar los músculos de la espalda. Limpia el vaho con el puño del pijama. Levanta la cabeza y, por fin, se atreve a contemplarse en la superficie del implacable espejo. Sólo piensa en que las arrugas que sajan su cara aumentan cada día que pasa, pero no acierta a comprender la extraña razón de por qué siempre se despierta esbozando una estúpida sonrisa.

Eugenio Barragán es un autor español con una destacada trayectoria en la literatura de ciencia ficción y fantasía. Licenciado en psicología, ha dedicado su talento a la creación de relatos y novelas que exploran los límites de la imaginación.

Su obra ha sido reconocida en varias ocasiones, destacando su participación en los volúmenes *Visiones 2004* con el relato "Cuando se despierta temprano o demasiado tarde" y en *Visiones 2002* con "El artista", ambos publicados por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFT). Fue finalista del Certamen Literario Domingo Santos en 2017 con el relato "Amantes entre fotogramas" y del I Concurso Literario Tártalo de Novela Corta Fantástica con la novela *La musa del dibujante no es una canción de blues*.

Eugenio también ha colaborado en diversos fanzines y plataformas literarias, dejando huella en el panorama de la narrativa breve. Para conocer más sobre su trabajo, puedes explorar sus publicaciones en Goodreads o Tercera Fundación.

ARTE DE LA PORTADA



Sand, por @anotherpuella.

@anotherpuella es estudiante de ingeniería civil y aspirante a diseñadora gráfica autodidacta desde hace tres años. Reside en Ismailia, Egipto, y encuentra en el arte una manera de saciar su sed creativa a través de una emoción inagotable y salvaje. Sus principales fuentes de inspiración son el espacio, la nostalgia y el surrealismo.